

ARTE POPULAR

TAMAULIPECO

Rostros y Colores



GOBIERNO DEL ESTADO DE TAMAULIPAS

ARTE POPULAR TAMAULIPECO. Rostros y Colores

Primera edición, 2013.

© Gobierno del Estado de Tamaulipas.

© Instituto Tamaulipeco de la Cultura y las Artes

Textos: Instituto Tamaulipeco de la Cultura y las Artes

Coordinación Editorial Dolores Quintanilla

Fotografía: Germán Siller

Corrección de estilo: Imelda Montemayor

Diseño editorial: Jazmín Esparza

ISBN:

Impreso y hecho en México.

PRESENTACIÓN

PRESENTACIÓN 2

ÍNDICE

- 8** IRENE REYNA CASTRO
Artesanía de Ixtle, un trabajo constante
- 12** TALLER DE PIEL HAEBERLI
Tradición familiar y alta costura
- 18** MARÍA CARMELA REYNA CASTRO
Flora tamaulipeca en manta
- 22** ADELA GAYTÁN REYES
Comales de barro, comunión con la tierra
- 28** RAMÓN MENDOZA MALDONADO
La cuera tamaulipeca, tradición vaquera con clase
- 34** JAIME BOCANEGRA MATA
Juguetes de madera, tradición del juego
- 38** LORENZO REYNA CASTILLO
Ixtle y fierro, materiales que se complementan
- 42** MARIBEL LÓPEZ
Tejidos en manta, imágenes de Tamaulipas
- 48** RUBÉN MELCHOR FERNÁNDEZ
Muebles de tenaza, madera lunar
- 52** ABUELO, PADRE, NIETO
Talabartería de faena, tradición de trabajo
- 56** NADIA REYNA MENDOZA
Cuera tradicional, arte que perdura
- 60** ASUNCIÓN BERRONES MORALES
Artesanía ecológica, naturaleza simple
- 66** VÍCTOR FERNANDO HERNÁNDEZ MONTOYA
Talabartería tradicional, puro cuero
- 70** AUDELIO CARRERA VEGA
Sillas de palma, pa' toda la vida
- 74** ROBERTO MARTÍNEZ DE LEÓN
Máscaras de madera, gestos inolvidables
- 78** DON CUCO'S BOOTS
Artesanía e industria

- 82** CELESTINO MONTELONGO HERNÁNDEZ
Cestería de otate, naturaleza trenzada
- 86** AMALIA ACUÑA VÁZQUEZ
Tejidos de tule con manos de agua
- 90** ELIA BELEM ARTEAGA PÉREZ
Artesanía de mar, espuma y caracolas
- 94** JAHEL ADONAY CANTÚ MALTOS
Esculturas que nacen de la tierra
y el metal
- 100** SILVESTRE INÉS HERNÁNDEZ PÉREZ
Tallar en piedra, al encuentro de
formas en la roca
- 106** FELIPA GAYTÁN
Barro rojo, manos terrestres
- 110** ANTONIO REYNA HERNÁNDEZ
Pielés de gran tradición
- 116** ROBERTO HERRERA OLVERA
Barro de agua, materia solar
- 120** MARCELO AZUETA DOMÍNGUEZ
Zapatos tradicionales, puro norte
- 124** EMILIANO REYNA RODRÍGUEZ
Flores de sotol, lo bello del monte
- 128** ROSARIO LUGO CRUZ
Cultura popular y tradición familiar en piel
- 134** JUANA RODRÍGUEZ MALDONADO
La danza que empieza en el bordado
- 138** CARLOS JAVIER CANTÚ CAVAZOS
Madera y paciencia que hacen esculturas
- 142** RUBÉN FLORES CANTÚ
Las manos que convierten la madera en música
- 146** FIDENCIO GUADALUPE HEREDIA TOVAR
Artesanía que surge del reciclaje
- 148** DIOSDADO OYERVIDES HERNÁNDEZ
Talabartería fina, noble materia

IRENE REYNA CASTRO

ARTESANÍA DE IXTLE,
UN TRABAJO CONSTANTE

Artesana desde su infancia por tradición familiar, Irene Reyna Castro es una tamaulipeca que trabaja sin excusas, sin importar las circunstancias y con un ingenio siempre al servicio de su labor.

Su trabajo se remonta con seguridad a muchos años atrás, probablemente cuando el tallado de la lechuguilla era necesario para la vida diaria.

La comunidad donde vive, el ejido Felipe Ángeles, municipio de Bustamante, se halla en un valle de la serranía tamaulipeca, rodeado de montañas, nubes y órganos. El clima de la zona facilita la proliferación de la lechuguilla de forma natural y de manera que los tallos de la planta suelen ser mucho más grandes que los de otras regiones. Esto permite a Irene elaborar flores de ixtle tejido de gran tamaño, rodeadas de hojas del mismo material y un tallo forrado.

El proceso que realiza es complejo desde su inicio, cuando debe cortar los tallos jóvenes de la planta, para lo cual requiere fuerza y conocimiento.

Irene sale al campo acompañada de su padre, quien le ha enseñado a trabajar el ixtle. En la espalda lleva una canasta hecha del mismo material, donde cargan los cogollos de la lechuguilla, escogidos por su longitud y calidad, y estos son cortados con un palo adecuado expresamente para ello con una especie de horquilla.

Los ixtleros nunca cortan la planta por completo, así que luego de sacar los tallos la planta sigue viva, y con el tiempo se regenera naturalmente.

El tallado requiere una técnica muy específica y buena condición física. Sentados en el





suelo, los ixtleros tienden entre sus piernas un pedazo de madera que usan de tope, donde extienden los tallos de lechuguilla, y con un machete tallan poco a poco las pencas que van mostrando sus filamentos, los cuales luego se ponen a secar.

Entonces viene el proceso de lavado y teñido, en el cual se usan tintes naturales derivados de la tuna, el encino y la granada, entre otros. Toda esta parte preparatoria es solo el inicio, luego sigue el trabajo de trenzado de la fibra. Las manos de Irene se mueven con rapidez; en minutos, de un montón de fibras empiezan a aparecer pequeños cordeles, redes, nudos, enlaces que forman pétalos, flores, hojas y tallos.

El ingenio de Irene no se detiene fácilmente. Además de las flores, también crea llaveros, canastillas, aretes, collares, peinetas, pulseras, lámparas, bolsas, cepillos, estropajos y escobillas, entre otras muchas artesanías.

Orgullosa de su trabajo, dice que las flores son lo que más le gusta crear, pues cada vez imagina nuevos tejidos y formas para embellecerlas. Incluso detalles, como son las hojas con sus nervaduras, siempre consigue hacerlas más elaboradas y diversas. Por suerte, dice, se venden muy bien, y cuantas flores hace, las vende rápidamente.

Su oficio le ha permitido cuidar y mantener a su familia. Sus hijas han estudiado y viven con honradez. “Trabajo arduo, a veces ingrato, pero digno”, precisa.

Sus conocimientos en gran parte son un aprendizaje heredado de su familia y su comunidad; por otro lado está su talento combinado con experiencia e ingenio propios.

Irene es una mujer trabajadora que con gran esfuerzo y dedicación obtiene de la tierra sustento y oficio, y a la par ha logrado mantener con vida la tradición de un oficio artesanal. ■





TALLER DE PIEL HAEBERLI

TRADICIÓN FAMILIAR
Y ALTA COSTURA

Las hermanas Rodríguez Haeberli han logrado elevar a los niveles de alta costura algo que inició como una actividad artesanal: las prendas de piel y la cuera tamaulipeca.

Su artesanía, al contar con tanta dedicación, se ha convertido en un lujo que dignifica la identidad del estado que ellas defienden y representan.

En la tienda que poseen en el Centro Cultural de Ciudad Victoria exponen una selecta muestra de artículos, entre los que se encuen-

tran, además de las bellas cueras, varias chamarras de piel, pantalones, bufandas, carpetas, bolsos de mano y carteras, todos como muestra de la habilidad y el estilo que las caracteriza.

“Las prendas son de muy alta calidad porque las hacemos como si las fuéramos a usar nosotras”, comenta Anabelle Rodríguez Haeberli, mientras modela un fino gabán color negro.

María Luisa cuenta que en la década de los 50, mediante un concurso de traje típico con vo-





cado por el entonces gobernador Norberto Treviño Zapata, fue que su abuela María Luisa Martín, ayudada por su madre María Luisa Haeberli, lograron ofrecer el diseño más satisfactorio para representar la vestimenta oficial de la entidad, y que se compone por la típica cuera con el estado de Tamaulipas.



La tradición consolidada por su madre, segunda generación en este oficio, fue llevada a una profesionalización diferente, puesto que ella estudió diseño de modas en Nueva York, de donde le viene el espíritu innovador por el que se ha reconocido a su taller, rasgo que ella y sus hijas aún detentan y exploran.

La máxima satisfacción de estas hermanas está en el trabajo mismo. Sienten un gran orgullo al preservar los conocimientos de su linaje, y los cuales forman un saber que ya transmiten a sus hijos, quienes sienten un gran compromiso y respeto hacia la memoria familiar y hacia un oficio que describen como excepcional.

Diana Regina Morales, parte de la cuarta generación del taller, explica que ella, sus primos y sus hermanos ya participan en los diseños y confección de prendas, e integran el conocimiento adquirido con sus estudios profesionales, en campos como el diseño gráfico, en su caso, o la arquitectura y la mercadotecnia, en el de otros miembros de la familia: “Todo está en el terreno de la creatividad, por eso podemos hacerlo”.

Su trabajo ha logrado ganar tal prestigio a lo largo del tiempo que fueron invitadas a participar en una exposición de artesanías de toda América en 1979, celebrada en República Dominicana, don-





de en esas mismas fechas estaba de visita Juan Pablo II, a quien tuvieron “el milagro de conocer”, comenta María Luisa, y pudieron regalarle una cuera, la que aceptó con gratitud y humildad, y frente a la cual reconoció la habilidad de las manos que la fabricaron.



En este taller familiar en el que confluyen la artesanía y la alta costura, se mantiene con amor la tradición y se trabaja por un mejor futuro, con una actitud siempre fundada en el orgullo de preservar la esencia de un estilo que es simultáneamente familiar y tamaulipeco. ■



MARÍA CARMELA REYNA CASTRO

FLORA TAMAULIPECA
EN MANTA

En el ejido Felipe Ángeles, del municipio de Bustamante, vive María Carmela Reyna Castro, una artesana tamaulipeca que emprendió junto a otros miembros de su familia un taller de bordado a mano.

Lo que ellos principalmente bordan son prendas de vestir. Lo particular de su caso es que sus diseños están basados en lo que ella observa en el campo desde que era niña: flores, capullos,

órganos y otros motivos puramente regionales. En sus bordados plasma de manera fiel las formas y los colores que la naturaleza muestra.

La ropa que borda está hecha de manta. Las figuras que sus prendas lucen van desde las rosas silvestres, que abundan en esta región, y variados tipos de flores, hasta una gran diversidad de plantas, incluso los característicos cactus y los órganos.







En su oficio, María Carmela se ha vuelto una promotora de sí misma. Viaja a las ferias populares cuando puede y lleva sus elaborados productos con la certeza de conocer su verdadero valor, el cual va más allá del precio de las materias primas, pues representa el esfuerzo que ella

enfoca a cada una de sus prendas, porque a cada trabajo que realiza le dedica su entera atención. Esta manera de trabajar hace que cada vestimenta finalizada sea un diseño único e irrepetible.

De una tela sencilla como la manta surge de las manos de esta artesana un trabajo tan



complejo que exige el conocimiento de la costura, del teñido, de las composiciones armónicas y del diseño.

Además, María Carmela siempre ha seguido su gusto por el dibujo, que es una parte esencial de su trabajo. A partir de su trazo en el papel van apareciendo formas que conoce a detalle, como lo son tallos, hojas, ramas, troncos, nervaduras y pétalos. Una vez plasmadas estas figuras, las calca en la manta con la misma precisión que en el papel; luego, por una parte realiza el hilado con



gancho, y posteriormente el tejido con aguja.

Ante este trabajo que requiere mucha paciencia, María Carmela reafirma cada día su compromiso con la artesanía. Una prenda que demanda un bordado extenso puede tomarle de dos a tres días de trabajo; al final, ella sabe que el esfuerzo bien vale la pena.

Su labor no le deja nada más satisfacción económica, sino también el gusto de ver concluido en una pieza el trabajo donde han participado varias manos, ingenios y creatividades. ■



ADELA GAYTÁN REYES

COMALES DE BARRO,
COMUNIÓN CON LA TIERRA

En medio de una zona desértica, a unos cuantos kilómetros de Tula, en Santa Ana de Nahola, Adela Gaytán Reyes elabora comales de barro rojo. Sus creaciones son simples, aunque alcanzan una redondez precisa, moldeando con sus manos materiales que son de origen natural.

Ella misma recorre el monte para encontrar el lugar donde recolectar el barro. No es sencillo hallarlo, dice, hay que buscar bien, descubrir las vetas de tierra apropiada. Luego escarba y carga las tinas con esa tierra que antes de ser cocida es amarilla. Sigue la búsqueda del polvo que llama “yeso natural”, elemento que rastrea en las orillas de arroyos y acequias de los alre-

dedores, y que le sirve para amalgamar la masa con la que hará posteriormente los comales.

Desbarata el yeso en un molinillo manual hasta que se hace polvo, en un proceso que denomina “mortear”, y luego lo reserva en botes especiales. El barro se deja secar en costales al sol, pues no puede ser usado de inmediato; hay que dejarlo que esté muy seco antes de amasarlo.

El proceso de mezclado es sencillo: en una pequeña mesa bajo la enramada a la salida de su casa, Adela incorpora trozos de barro seco con yeso y agua, lo amasa con movimientos fuertes y circulares, y luego lo golpea repeti-







damente, para darle forma redonda. Lo aplasta, lo dobla sobre sí mismo y vuelve a formar una bola que empieza a tomar la textura de una masa compacta. A la bola terminada la nombra “torta”, que en ese momento ya está lista para formar el comal.

La “torta” es puesta en una tela en el piso, y en un par de minutos, sin más ayuda que la de sus manos, aplasta el barro y le da forma circular. Levanta un borde muy pequeño alrededor del comal y lo alisa con un olote, para después esperar a que se seque antes de ponerlo a cocer en un pozo poco profundo donde se tiende una cama de lumbre. Ahí se colocan los comales para luego cubrirlos con una capa ligera de ceniza, y

después se tapan con leña de guapilla –un tipo de madera nudosa que arde muy lentamente, característica necesaria para que la lumbre no arrebate el barro, y así los comales queden uniformemente cocinados.

Para finalizar la cocción, las piezas de barro deben ser cubiertas con más leña y dejarlas cocer un par de horas, al término de las cuales los comales están listos y ya han tomado su color rojo, así como una dureza propia para su uso en la lumbre o en la estufa. Si se utilizan con los cuidados adecuados, estos enseres pueden durar años sin sufrir daño alguno.

Esta técnica empírica requiere ser exacta. Doña Adela explica que la cocción es la parte más delicada del proceso, puesto que cualquier error en el cálculo del calor necesario ocasionaría que el barro termine por ser débil, quebradizo o quedar manchado de blanco, por lo que no sería bien recibido en el mercado.

Cuando la leña de arriba se apaga, dice Adela, hay que apurarse a sacar los trastos para que se enfríen; luego se limpian y sin ningún tratamiento posterior quedan listos para ser usados.

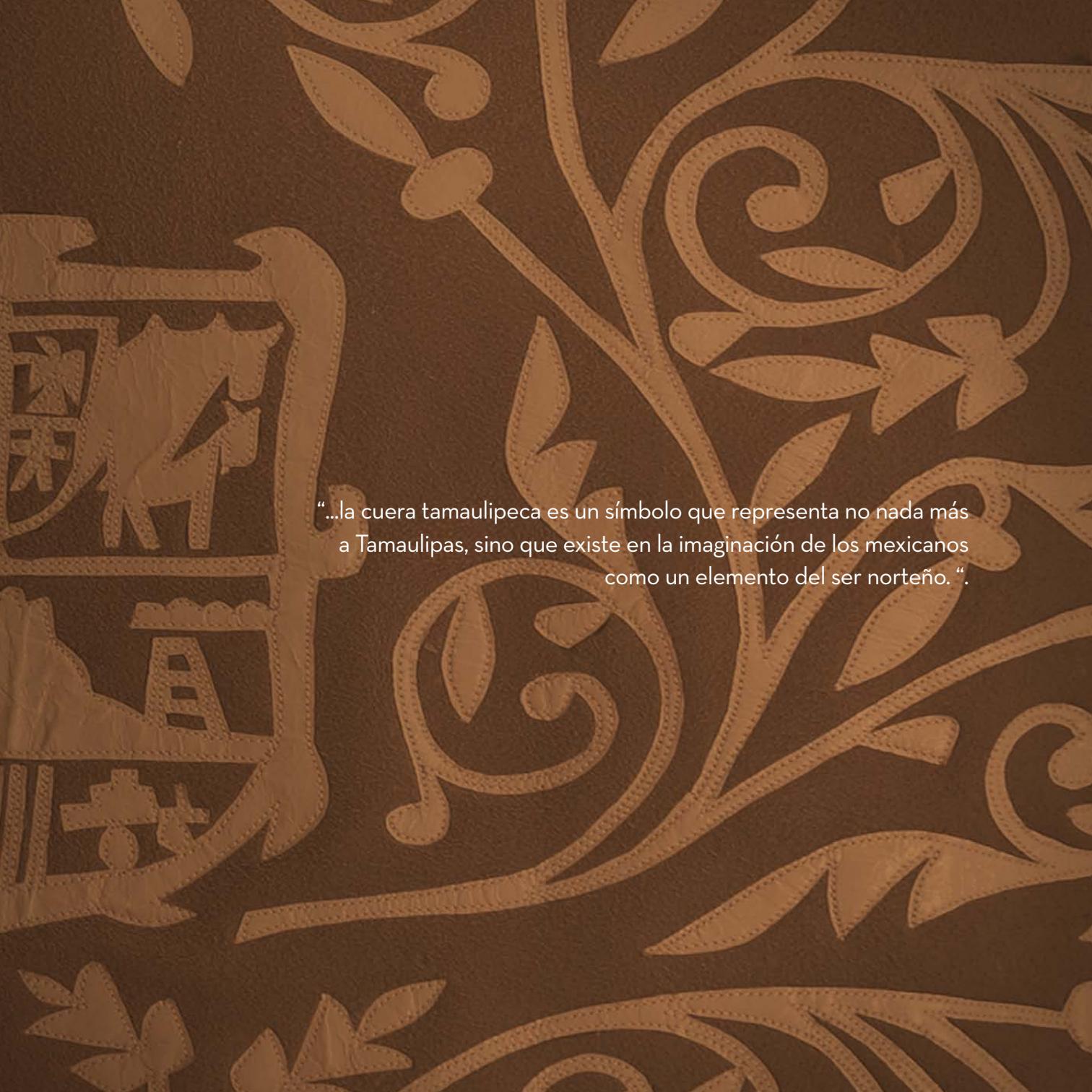
Su tradición artesanal se pierde en su memoria. Adela no recuerda con claridad cuándo aprendió a hacer comales. Desde niña observa-



ba a su abuela y a su madre haciendo el mismo trabajo día tras día. Lo aprendió como parte de su vida cotidiana, así como muchas otras actividades mediante las cuales su familia lograba procurarse de lo necesario para bien vivir.

Adela sabe que su actividad es parte de una herencia que debe preservarse, por eso lleva a cabo su actividad con atención y compromiso, para que ese trabajo realizado desde tiempos inmemoriales se siga practicando con orgullo. ■





“...la cuera tamaulipeca es un símbolo que representa no nada más a Tamaulipas, sino que existe en la imaginación de los mexicanos como un elemento del ser norteco.”

RAMÓN MENDOZA MALDONADO

LA CUERA TAMAU LIPECA,
TRADICIÓN VAQUERA CON CLASE



28

Hace más de 40 años don Ramón Mendoza tuvo un accidente que casi le cuesta la vida. Mientras convalecía e intentaba reiniciar su vida empezó a acompañar a su suegro, un maestro talabartero que mantenía la tradición familiar de elaborar cueras tamaulipecas. Poco a poco, después de años de aprendizaje, don Ramón sintió el llamado del noble trabajo de la talabartería. Un talento natural y las enseñanzas de un verdadero maestro volvieron a Ramón un artesano que le otorgó a sus creaciones un sello personal distinto al del resto de los que elaboraban esta artesanía.

La complejidad del proceso obligó a Ramón a dedicarle su vida entera a un oficio que, dice, le ha dado todo, desde una existencia plena hasta la satisfacción de saberse parte importante del mayor símbolo representativo de todo Tamaulipas.

La elaboración de una verdadera cuera tamaulipeca empieza con la decisión de escoger y comprar las mejores pieles. Hay que elegir los colores adecuados, así como el pialillo, que es una piel finísima, hecha de puro cabrito, con la que se diseñan los adornos de la cuera. También hay que saber seleccionar la gamuza; la de piel de cabra adulta es usada en varias partes del vestido, y aunque anteriormente las cueras se hacían de pura piel



de venado, ahora por distintos motivos esa piel ya no se usa más que en casos muy especiales. Al respecto, don Ramón recuerda haber regalado una cuera especial a un presidente de la República, fabricada en su taller de Tula.

El primer paso ocurre en la imaginación del artesano, que elabora meticulosamente el diseño primario, el punto de partida de la cuera. Dibuja en papel aquella figura que luego plasma en patrones de cartón delgado que van a definir los bordados, el estilo, las costuras, los flequillos y la forma general de la chaquetilla.

Don Ramón dice que ninguna cuera es igual a otra, son irrepetibles, afirma orgulloso. Cada una tiene su propio estilo, incluso, a veces, en contra de la idea del mismo artesano;

mientras se va creando la cuera, el estilo en ocasiones cambia: un patrón de bordado de pronto se vuelve una imagen espontánea, y hay que seguir su línea.

El trabajo arduo de cortar cuidadosamente, de mezclar los distintos tonos de piel, la elección de los hilos e incluso el diseño de los espacios va-

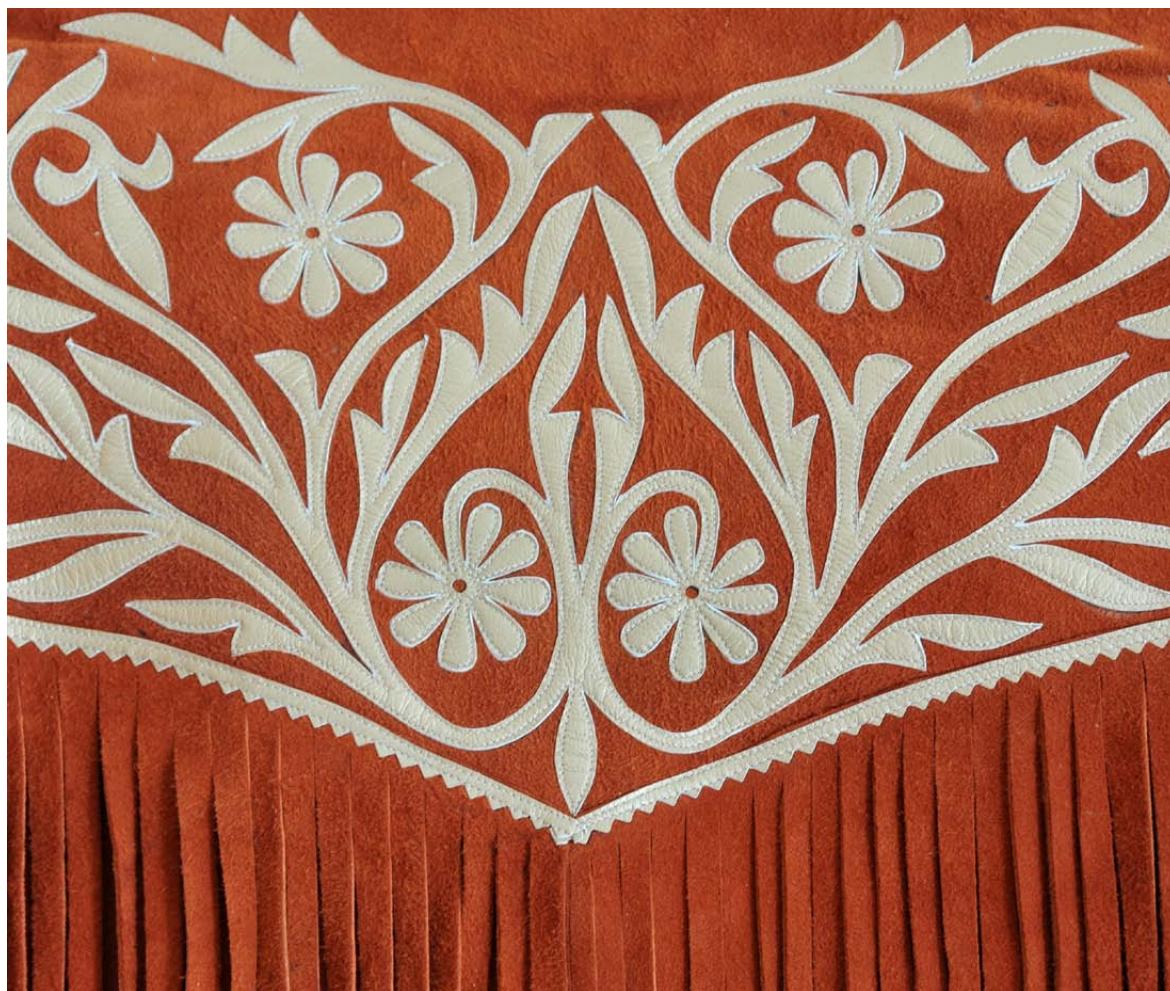




cíos, conlleva en sí mismo un reto. Plasmar flores, plantas, escudos regionales, nombres propios o animales como venados, armadillos, jaguares y gallos de pelea, es otra más de las exigencias en la labor diaria de un talabartero como don Ramón Mendoza.

Más allá de la costura y la talabartería, para don Ramón la cuera tamaulipeca es un símbolo

que representa no nada más a Tamaulipas, sino que existe en la imaginación de los mexicanos como un elemento del ser norteco. Por eso elabora con gran compromiso esta prenda, que pasó de ser vestimenta campestre, propia del vaquero, a ser una prenda elegante que puede usarse por cualquier persona que desee vestir algo muy tradicional pero con mucha clase. ■





JAIME BOCANEGRA MATA

JUGUETES DE MADERA,
TRADICIÓN DEL JUEGO

En el ejido El Huizachal, a unos kilómetros al sur de Ciudad Victoria, vive Jaime Bocanegra Mata, un artesano carpintero que transforma la madera en juguetes tradicionales mexicanos.

Sus creaciones pueden parecer sencillas a simple vista, pero si se presta atención a los detalles, surgen formas y estructuras nada llanas.

De las manos de Jaime salen camionetas, cochecitos, tráileres, maquinaria pesada, carretillas, trompos, baleros, matracas y un

sinfín de juguetes, todos fabricados con madera, clavos y tornillos.

Para su elaboración, Jaime recorre los montes aledaños en busca de madera seca, troncos, palos y hasta hojas que le sirven para fabricar las piezas. Así, sus diseños surgen de su creatividad, pero siempre se adaptan al material del que puede disponer. Muchas veces lo que compra es la pedacería de madera en las carpinterías, y también aprovecha latas desechadas y otros materiales que incorpora a sus trabajos con maestría y estilo propio.

Reconoce que prefiere trabajar con la madera de álamo y la de cedro, pero no le gusta cortar los árboles porque prefiere usar solamente lo que se encuentra, y así realiza piezas a las que su creatividad brinda forma y lugar.

A veces recoge piedras llamativas, cuarzos especialmente, y los usa para adornar sus creaciones más extrañas, que no necesariamente terminan siendo utilizadas como juguetes, sino como un objeto más bien decorativo.

Lo que más le gusta hacer son las motocicletas, aunque son las más labo-





SEARS/CRAFTSMAN

12" Two Speed Band Saw

1 1/2 HP

Tilt Head

hp

invent



riasas. Corta, recorta y pule pieza por pieza de la motocicleta. Con láminas de lata recortada construye el motor, los espejos y las decoraciones en el escape. Así, luego de pegar, atornillar y clavar decenas de pequeñas partes, la motocicleta está lista. Pero falta pintarla de acuerdo al modelo de fábrica que haya recreado; incluso los motores y los tanques de gasolina son distintos, con el fin de aproximarse de la manera más fidedigna posible a la realidad.

Su noción de la geometría y del diseño proviene de su aguda observación y de la incesante práctica. Los juguetes que elabora no son simples carritos, pues busca reproducir modelos específicos y darles los acabados y detalles que les corresponden.

Para mantenerse vigente en su actividad, Jaime trata de mejorar cada vez más su trabajo y superarse en cuanto a precisión y detalle, lo que lo lleva a encontrar nuevos modelos, materiales y técnicas para incorporarlos a sus bonitos juguetes. ■



LORENZO REYNA CASTILLO

IXTLE Y FIERRO, MATERIALES
QUE SE COMPLEMENTAN

Don Lorenzo Reyna Castillo nació en 1936 en el ejido Felipe Ángeles, municipio de Bustamante. Siendo muy niño aprendió de sus padres el oficio de buscar y tallar la lechuguilla para obtener el ixtle. Con esta fibra y con sus manos, don Lorenzo crea cepillos, cuerdas, talladores

y otros productos utilitarios, y además también sabe trabajar el metal.

Desde hace ya muchos años don Lorenzo se desenvuelve en ambos oficios, por un lado con la fibra y por el otro con la forja y el manejo de los metales. Para uno y para otro oficio es autosuficiente, tanto que él mismo construyó su pequeña forja casera en el patio de su casa.

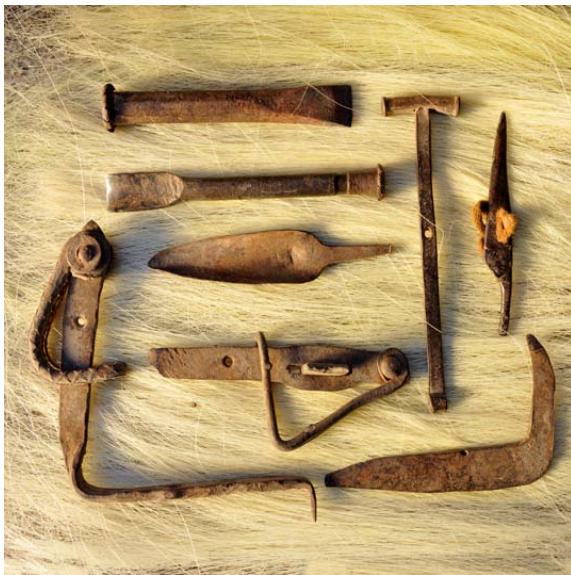
Sus conocimientos de herrería los obtuvo de diversos amigos y conocidos a lo largo de la vida, y se considera un empírico total, ya que a través de prueba y error es como se volvió con los años un experto en la herrería. Ha forjado los instrumentos necesarios para el tallado de la lechuguilla, y ha realizado enseres como cuchillos, hoces y azadones.

El taller de herrería de don Lorenzo es rústico y está lleno de invenciones obligadas por la necesidad. Como fuelle adaptó una bicicleta que al darle vuelta a los pedales inyecta aire a la forja para avivar el fuego y calentar el metal.

La experiencia de don Lorenzo no se limita a darle forma a los hierros que utiliza en su trabajo diario; es también un experto recolector de lechuguilla, que después de ser tallada debe







lavarse concienzudamente para despojarla por completo de una sustancia lechosa irritante y así evitar que lastime la piel de quien la teje.

Don Lorenzo recorre los montes aledaños en busca de los mejores tallos de lechuguilla,

puesto que no cualquier hoja de la planta tiene uso; solo los tallos más largos y gruesos son elegidos para cortarlos, pues proporcionan las fibras fuertes y útiles para tejer objetos grandes y bellos. Por ejemplo, comenta don Lorenzo que para tejer un sombrero, una diadema o una hoja grande y bonita, se necesitan fibras extensas.

Con una canasta sobre su espalda, a la cual se llama comúnmente “Oaxaca”, don Lorenzo camina con pisada segura entre los cerros que rodean su comunidad. No le toma mucho tiempo encontrar lechuguillas que convengan su ojo experto. Con gran cuidado usa en su mano derecha un palo largo de mezquite con una horquilla en el extremo inferior, con el que desprende tallo tras tallo que luego recoge y avienta suavemente en la “Oaxaca”. En unos 15 minutos el recipiente está lleno y el artesano emprende el regreso a la pequeña parcela y a su vivienda, donde tiene todo listo para iniciar la talla de las plantas.

Sentado a horcadas sobre un tocón, extiende en sus piernas una tela de mezclilla, entre sus rodillas sostiene una filosa lezna de acero a manera de cepillo, con pinchos irregulares, y es sobre ese objeto que extiende los tallos de lechuguilla y los arrastra, como si los estuviera

peinando. La planta se desprende en numerosas fibras y, como las demás del semidesierto, empieza a rezumar una gran cantidad de agua y espuma verde y blanca. Luego don Lorenzo va acumulando la fibra extraída en un costal.

El trabajo es complicado, pero lo hace con velocidad. En aproximadamente media hora llena un costal de fibra que entonces pone a remojar para que suelte el máximo posible de residuos de pulpa. Sigue enjuagarla varias veces hasta que toma el conocido tono blanco con el que se puede encontrar a la venta.

Cada artesano le da el color que quiere a la fibra. En la región de Bustamante se usa mucho la cáscara de granada, las cortezas de cedro y de nogal, así como la tuna y la cáscara de aguacate, aunque últimamente, se queja don Lorenzo, casi todos usan mejor anilina como colorante.

Con estas fibras don Lorenzo crea un sinnúmero de artículos de uso diario y común, lo cual lo confirma como miembro de una tradición que, no obstante, cae poco a poco en el olvido.

“No hay más que trabajar en esta vida para ser una persona de bien y olvidarse de andar haciendo maldades”, afirma, y con sencillez continúa sus quehaceres y reafirma su compromiso hacia la comunidad de Felipe Ángeles, donde sus productos son apreciados y utilizados día con día. ■



MARIBEL LÓPEZ | TEJIDOS EN MANTA, IMÁGENES DE TAMAULIPAS

Paisajes como El Peñón de Bernal o las olas en Tampico, así como flores y animales propios de la región, aparecen en los pequeños cuadros bordados en tela de manta que se realizan en el taller casero de la familia Coronado López en Ciudad Victoria.

Maribel López, tejedora artesana, desde niña estuvo inmersa en la naturaleza, pues su madre y su abuela fueron pioneras en la defensa de la misma. En su juventud trabajó en un jardín botánico, así que inevitablemente estaba en su destino reflejar, en algún momento, lo que siempre le había atraído.

Hace alrededor de 10 años inició esto que ahora se ha convertido en el proyecto de su vida, en el que deja sus esfuerzos y su compromiso a cada minuto. Para Maribel su satisfacción es dejar la flora, la fauna y los paisajes tamaulipecos convertidos en pequeños cuadros trazados con hilo y aguja.

En estos lienzos de manta, de no más de 20 o 30 centímetros, Maribel va hilando recuerdos, acontecimientos y visiones que están ligados a sus experiencias. Aquella flor, cuenta, crecía salvaje enredada entre los barrotes de la barda del patio de su abuela.





Lo que Maribel busca a la hora de plasmar sus paisajes y sus diversas imágenes es reflejar sus vivencias y sensaciones, y que quien observe los cuadros se sienta identificado. “Todo lo que hago con la aguja primero lo dibujo con cuidado”, narra, y entonces detalla que el primer paso es escoger el recuerdo, luego fijarlo en la mente, después intentar plasmarlo en papel y, posteriormente, en la manta.

“A veces cuando ya lo estoy pasando a la tela el dibujo se transforma. Aquí surge una ramita o una hoja, o por detrás se asoma otra flor o una piedra. Una no sabe cómo va terminar el dibujo final”.

El proceso, luego del dibujo y la planeación del diseño, consiste en escoger los colores. Casi siempre hay que pintar el hilo, porque no todas las veces el color que trae es el adecuado, y también deben buscarse las correspondencias, dice ella con el tono de quien conoce a fondo lo que hace.

Más adelante viene lo mecánico, la aguja en la mano y darle forma al dibujo, rellenarlo, delimitarle sus contornos, que cobre vida, comenta emocionada.

Maribel trabaja como si las piezas fueran para ella; por eso la calidad y la técnica están garantizadas con esmero en este trabajo tan detallado y colorido. “A veces hasta me da lástima venderlos, son tan propios que me cuesta que se los lleven”, concluye. ■





Mariposa Riodinina
Lasaia agetilus



A row of traditional wooden chairs with woven backs, set outdoors on a dirt ground. The chairs are made of dark wood and feature a complex, diamond-shaped woven pattern on the backrests. The scene is captured in a warm, sepia-toned light, suggesting a late afternoon or early morning setting. The chairs are arranged in a line, receding into the background. The ground is dry and dusty, and some foliage is visible in the distance.

“...incluso las herramientas que usan en el desbaste y el corte de los troncos las fabrican los mismos artesanos, ya que las herramientas comunes y corrientes no soportan el rudo trabajo”.

RUBÉN MELCHOR FERNÁNDEZ

MUEBLES DE TENAZA,
MADERA LUNAR

El maestro artesano Rubén Melchor Fernández pone toda su atención mientras sostiene entre sus piernas un grueso tronco del árbol llamado comúnmente tenaza. Con un cuchillo filoso como navaja de afeitar desprende tiras de madera de alrededor de un metro de largo, cuyo grosor es tan delgado que la luz alcanza a traspasarlas, por lo que a través de ellas se percibe con claridad el resplandor del sol. El acto se repite sin cesar, y en poco tiempo tiene a sus pies una gran cantidad de tiras de una madera suave y de un olor ligeramente fragante.

Con ellas, don Rubén elabora los muebles tejidos que han vuelto famoso al pueblo de Llera, en la región meridional de Tamaulipas. La muerte se llevó a su padre y maestro a destiempo, y él tuvo que afrontar desde muy joven el reto de continuar con esta labor artesanal. En pocos meses le tomó amor a aquel oficio que, antes de su padre, había sido de su abuelo, y cuyo origen sus recuerdos no alcanzan a registrar. “La madera –dice con una sonrisa–, me enseñó a vivir y también a ser feliz”.

Mientras sus sabias manos tejen con habilidad las tiras de madera sobre un armazón del





mismo material, empieza a tomar forma el respaldo de una silla; el patrón del tejido avanza y recuerda a los manteles a cuadros tan tradicionales del norte de México: desde las líneas sencillas en vertical y horizontal, hasta su color ocre apagado o amarillo brumoso, el cual rememora los horizontes fronterizos.

Sentado bajo el techo de su taller, ubicado justo en la curva de la “y griega” de la carretera que va de Ciudad Victoria a Tampico, don Rubén desmenuza la historia de su tradición, recuerda su infancia alrededor de su padre, entre la madera, y cómo fue aprendiendo el oficio sin apenas darse cuenta. “No solo es hacer los muebles”,

dice con una sonrisa nuevamente. Todo empieza una noche, justo después de que ha pasado la luna llena; los hombres de Llera se lanzan al monte a recoger los troncos de tenaza, pues si se recoge antes o durante ese ciclo lunar, la madera no sale buena, se vuelve quebradiza, frágil y difícil de tejer.

Los artesanos de Llera son ecologistas a base de necesidad, puesto que cortan con extrema precaución y siempre tienen el cuidado de no matar el árbol; solo cortan troncos que con el tiempo vuelven a crecer, manteniendo así una población de árboles saludables y un monte sin áreas de tala visibles.



Los muebles de tenaza son fabricados completamente de manera tradicional, puesto que incluso las herramientas que usan en el desbaste y el corte de los troncos las fabrican los mismos artesanos, ya que las herramientas comunes y corrientes no soportan el rudo trabajo. Con pedazos de rieles crean puntas, leznas y hojas de corte que son de los pocos enseres de trabajo que usan, pues todo lo demás es labor realizada directamente con las manos.

Don Rubén dice que concibe los diseños mientras poco a poco toman forma las sillas, sillones, bancos, camas y mesas. La vida útil de estos enseres es larga, y siempre pueden ser reparados con el mismo material del que fueron hechos, por lo que se amplía mucho su duración. Cuenta que hay clientes que le han traído a reparar muebles que él hizo de joven, hace más de 40 años.

Algo de Llera queda impregnado en sus muebles; queda algo de todas esas manos -resistentes como sus creaciones- que talan, cortan, pulen y pintan los colores de una tierra feraz. Don Rubén refleja con su labor al conjunto de los artesanos que trabajan manualmente la madera lunar, la cual brilla con sutileza en el mobiliario ofrecido al lado de la carretera que va de Ciudad Victoria a Tampico, Tamaulipas. ■



La Talabartera Regional del Norte es un taller donde el trabajo se completa cada día gracias a las manos de tres generaciones. Está justo en el centro de Ciudad Victoria y es dirigida por su fundador, don Gerardo Rivera Reyna, su hijo, Gerardo Rivera Fernández, y su nieto, Gerardo Rivera Castillo.

En este negocio de enorme tradición e importancia regional se encuentran concentrados más de 70 años de tradición talabartera, durante los que han hecho piezas de trabajo, de vestir y de ornamento. Desde sillas de montar, fundas para machete o navaja, botas y otros cientos de objetos, esta familia se ha convertido en tradición artesanal pura.

El más joven de sus miembros, Andrés, comenta cómo desde que era niño rondaba las mesas de trabajo donde su abuelo y su padre cortaban las pieles y cosían y remendaban un sinnúmero de objetos. Así aprendió a escoger las mejores pieles, a elegir la baqueta más resistente, los productos ideales para el tratamiento de los cueros y todo lo que encierra el noble oficio de la talabartería.

Andrés creció entre navajas, escuadras, baquetas y sillas de montar. Esta es una tienda vaquera, dice, y es imposible negarlo: la mayoría de los artículos están relacionados con la vida del campo. Ellos crean y fabrican cualquier material u objeto que un vaquero necesita, desde una silla de montar hasta las botas de caña alta para andar a caballo en el monte, pasando por las chaparreras, guantes y riendas. Cada cliente puede pedir que los productos sean hechos a su gusto y medida.

Apasionados por su trabajo, estos tamaulipecos llevan hasta la artesanía la fabricación de enseres comunes y familiares. La tradición es en su caso una forma de conocimiento que ha pasado de generación en generación, y ahora ha tomado formas y corrientes modernas, como el hecho de tener presencia en Internet con grabaciones digitales de fórmulas y procedimientos.

El trabajo artesanal empieza desde que se escoge la piel con la que se va a trabajar, pues cada artículo necesita de una distinta. Las pieles más gruesas, por ejemplo la baqueta, se usan para las partes que requieren una mayor protec-





ción, como son las chaparreras. “Algunos clientes piden, digamos, cierto grosor para usar en la silla de montar, o en las botas, y la labor del maestro talabartero consiste en adecuar los materiales a los requerimientos de la faena”.

La variedad de las pieles es enorme, prosigue Andrés: “Es importante que la piel que se compra sea lo más grande posible, aunque eso, claro, implica que sea más cara, puesto que la piel se vende por decímetros cuadrados”.

Otro detalle es la variabilidad de los materiales, como en el caso de la gamuza o la carnaza, que se divide en muchas variedades, y parte del trabajo

del talabartero es recomendar y aconsejar a sus clientes para que escojan y se lleven lo mejor.

Una pieza de las que ahí realizan, dice el maestro talabartero, puede durar muchos años, más que la vida de la persona que la compró, y pasar de una generación a otra.

Los maestros talabarteros Rivera son conscientes de su importancia en la tradición artesanal y social de Ciudad Victoria, por eso su esfuerzo se enfoca en ofrecer un trabajo de alta calidad. Para ellos su oficio no representa nada más a su familia, sino a su ciudad y a su motivo de vida. ■



Nadia Reyna Mendoza es una de las más jóvenes artesanas dentro de su familia. Es una representante de un linaje de expertos en la elaboración de la cuera tamaulipeca. Aunque entre su parentela los que se habían dedicado al oficio son hombres, ella sintió el llamado y lo siguió; su pequeño taller en Ciudad Victoria da cuenta de esto.

Nadia recuerda y habla de la cuera tamaulipeca con un profundo respeto y amor por la tradición familiar. En su caso la cuera está unida a los recuerdos sobre su padre y de uno de sus tíos, quienes fueron sus maestros y a lo largo de más de 20 años le transmitieron sus conocimientos, técnicas y oficio. Ahora, fallecidos ambos, es ella quien se afana en la elaboración de la cuera, lo que la ha convertido en parte de la nueva generación de maestros artesanos de este ícono de Tamaulipas.

Su bisabuelo, Rosalío Reyna, es reconocido por algunos como el artesano que por primera vez elaboró una cuera tamaulipeca. A Nadia le contaron su padre y su tío que toda esta tradición empezó en Miquihuana, un pueblo de su entidad. Ahí había muchas flores y plantas her-

mosas, y es donde se inspiró su bisabuelo para empezar a adornar los cotones, una especie de capa lisa con abotonadura en el cuello, que realizó a petición de uno de los generales de la Revolución Mexicana. Lo demás, dice Nadia con una sonrisa, es historia.

Luego de tantos años de tradición de la cuera tamaulipeca, esta se ha convertido en un símbolo incontrovertible del estado.

Desde que tenía ocho años Nadia empezó el aprendizaje de la costura de pieles, y poco a poco comenzó a mostrarse como una consumada costurera. Esto le sirvió para añadir diseños a la cuera, como el dibujo redondo, el de margarita, el de claveles y el de camarón, que es el que más se usa actualmente. Este tipo de dibujo consiste en simular pequeños camarones arracimados entre sí, formando a su vez otros dibujos en las cueras, mientras que el dibujo redondo remite a pequeñas caracolas que van plasmando volutas que crean también otras figuras. Nadia también usa mucho el diseño de grecas cuadradas, muy tradicional y solicitado por los clientes, y ha empezado a innovar con diseños más modernos, elaborando algo que llama *sobreestilo*,





con faldas más cortas, cueras pequeñas, flecos más largos, o sin flecos.

Hay un estilo que ella prefiere y es el llamado “cotón”: está conformado de una manera simple, y es la cuera de piel sin ningún tipo de adorno. En esta simpleza se muestra la textura y la calidad del material.

Los primeros pasos de Nadia en el mundo de la cuera tamaulipeca los dio al intentar hacer costuras derechas; posteriormente empezó a trazar figuras elementales y a plasmar los dibujos sobre la piel, además de entresacar las estampas, establecer las medidas de las cueras, el armado del diseño y luego el corte de patrones; después vino el uso cuidadoso de las tijeras, pues un error pequeño en el corte de la piel representa mucho dinero tirado a la basura. Y parte esencial en su formación ha sido recordar constantemente lo aprendido junto a su padre y a su tío, no olvidar sus consejos y trabajar muy duro.

Nadia sabe que su trabajo es tan complejo que requiere atención total, puesto que ella misma adquiere las pieles, elige los colores, el tamaño y las texturas adecuadas. En la gamuza, por ejemplo, diseña la falda, la cuera y el chaleco, lo que se añade a su creación de las aplicaciones de piel aserrada, que tiene una textura más rígida y aguantando mejor el dibujo de patrón y la cosida.

Después de más de 20 años de mantener una tradición viva, ahora Nadia tiene como aprendices a sus dos hijas, quienes a su corta edad –nueve y seis años– ya siguen sus pasos en una sexta generación de artesanos talabarteros que le dan a Tamaulipas uno de sus más hermosos símbolos.

La cuera, en el caso del trabajo de Nadia, claramente es fruto de una continuidad en el tiempo, más allá de los recuerdos, pues posee la certeza de saber que sus manos siguen formando con precisión las piezas que sus antepasados le enseñaron a crear. ■



ASUNCIÓN BERRONES MORALES

ARTESANÍA ECOLÓGICA,
NATURALEZA SIMPLE

La población de Gómez Farías se encuentra a los costados de la carretera que va camino a la reserva de la biósfera El Cielo, en Tamaulipas. En esta importante zona vive una artesana singular que aprovecha las bondades y los recursos de la naturaleza de una manera que para ella representa una forma de amistad.

El suyo es una mezcla de trabajo artesanal con una labor ecológica, lo que se materializa en piezas de mucha belleza, pero que conservan la simpleza de las cosas.

Asunción Berrones Morales es un ama de casa que se volvió artesana de forma natural y sencilla. Es afectada a dar paseos por el entorno de su hogar, que se ubica a las orillas de la población. En esas caminatas, dice, se fue sintiendo influida por el paisaje que la rodeaba, por la diversidad de la flora y la fauna, y decidió que esa belleza podría brindarle material para crear aun más belleza.

Así empezó hace más de 15 años a recolectar objetos que encontraba a su paso, como hojas,







frutos, semillas, piedras, palos, trozos de madera, cáscaras diversas, follaje, y con eso comenzó a elaborar artesanías y adornos.

Con las hojas de ciertos árboles crea mariposas que reproducen a las que vuelan por los montes de la región. Con una ramita forma el cuerpo, y las hojas secas de una jacaranda pueden ser las alas, que luego de ser tratadas, prensadas y barnizadas cuidadosamente, son coloreadas por Asunción con tonalidades que tienen las mariposas locales: negros, amarillos, verdes, naranjas y un azul eléctrico difícil de describir.

Este trabajo es aparentemente sencillo, pero a pesar de la abundancia de esos materiales en la zona, nadie más lo elabora en la comunidad. Con la cáscara de cierto arbusto elabora otros tipos de insectos, y con otras cáscaras hace llaveros, collares y pulseras de las que penden minúsculas mariposas, pájaros o plumas naturales y piedras pulidas por arroyos y por el tiempo.

Las hojas del álamo salvaje son muy duraderas, comparte Asunción. Con ellas es posible elaborar mariposas más grandes, y gracias a su nervadura natural se pueden armar patrones de

colores más complicados y hermosos, dividiendo la mariposa en facetas multicolores, como si fuera una auténtica.

Semillas de ojo de venado, cedro y framboyán, junto a los hilos de fibras silvestres y las piedras de colores, dan vida a juegos completos de joyas naturales; incluso para pegar algunos objetos, la artesana usa goma o resina de ciertos árboles, la que cuando se seca bien resulta más fuerte que cualquier pegamento comercial.

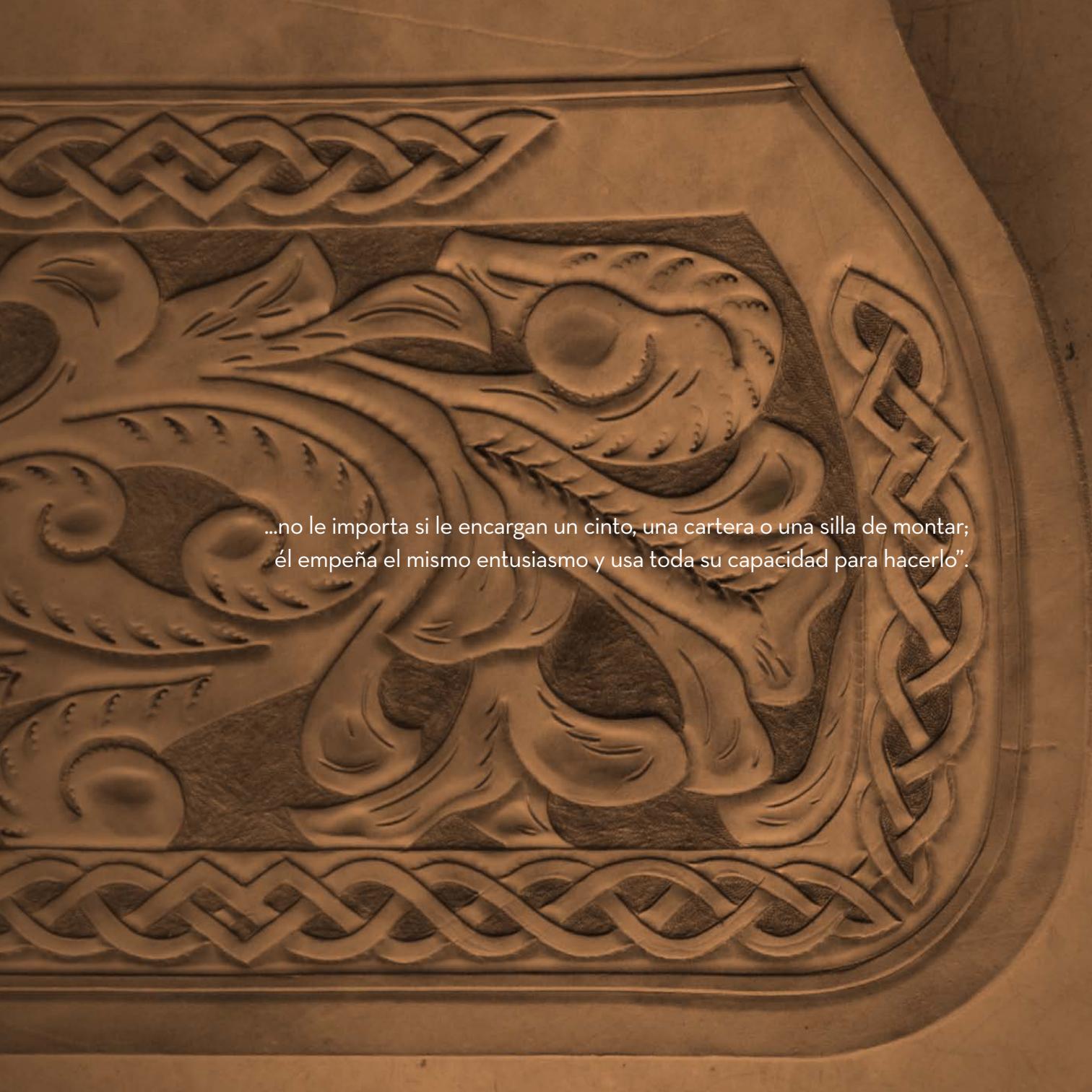
Luego de años de experimentar y tratar con tantos elementos naturales, Asunción se ha vuelto experta en el diseño de nuevos objetos, combinando su imaginación con su entorno. Sus obras se acercan cada vez más a una novedosa

forma de hacer artesanías en el mundo, que reacciona ante sí mismo y sus elementos sin invadir o transgredir el equilibrio de los ecosistemas.

El éxito en la venta de sus obras es una prueba de la enorme aceptación de esta forma de aprovechar materiales. Los objetos creados por Asunción se han internacionalizado, y narra con orgullo haber visto fotos de sus mariposas en páginas de Internet de otros países. Esto la motiva a seguir pensando en encontrar ingeniosas maneras de utilizar los materiales que la tierra le brinda. Por eso cada vez trabaja en diseños más complejos y que requieren la destreza y habilidad que ha logrado desarrollar de una manera alegre y efectiva. ■





The image shows a close-up of a book cover with a highly detailed relief carving. The central focus is a dragon, depicted in a dynamic, coiled pose. The dragon's body is covered in intricate scales, and its wings are spread, showing fine feather details. The dragon's head is turned towards the right, with its mouth slightly open. The entire scene is framed by a wide, decorative border consisting of interlocking Celtic knotwork patterns. The carving is set into a recessed area of the book cover, which has a slightly textured, aged appearance. The lighting is soft, highlighting the three-dimensional quality of the relief.

...no le importa si le encargan un cinto, una cartera o una silla de montar;
él empeña el mismo entusiasmo y usa toda su capacidad para hacerlo”.

VÍCTOR FERNANDO HERNÁNDEZ MONTOYA

TALABARTERÍA TRADICIONAL,
PURO CUERO

Víctor tenía 10 años la primera vez que se encontró con los cueros. “Fue amor al primer olor”, dice sonriente. Su padre lo había llevado a recoger unos zapatos con un talabartero local y nunca se desprendió de aquellos aromas a animal, a piel curtida, a trementina y a pegamento combinado con madera.

Poco tiempo después él mismo le pidió a su padre que lo llevara de nuevo con aquel maestro artesano, y así inició un largo aprendizaje gracias al cual ha podido crear llaveros, forrar ceniceros y

plumas, armar sillas de montar completas, chapa-
rreras y un sinnúmero de artículos de puro cuero.

Una de las especialidades de Víctor es el trabajo del grabado de la piel, pues es capaz de realizar casi cualquier cosa que el cliente le pida, desde nombres, frases y animales, hasta escudos, sea en cintos, chalecos, vistas de sombreros, botas o en todo objeto que tenga como material exterior la piel.

Muchas de las piezas que elabora, como los forros personalizados para botellas y vasos tequileros, son famosos en la región, lo que le ha ganado recomendaciones entre los clientes, quienes para encargarle trabajos van a buscarlo hasta su taller, que está a un lado de su hogar en la ciudad de Tula.

Hace unos años fue invitado a Ciudad Victoria a un encuentro multicultural con empresarios japoneses, y la esposa del embajador del país nipón escogió para llevarse de recuerdo una de las artesanías que él llevaba: una bolsa repujada de baqueta.

En la tienda que tiene a la orilla de la carretera Victoria-San Luis Potosí, este artesano tamau-







lipeco tiene un gran muestrario de su ingenio y talento, con productos que van desde ceniceros forrados, bolsos, juegos de agua, guajes cubiertos, y fundas de todo tipo, hasta una serie de monturas bellamente decoradas.

Conocedor de su oficio, Víctor comparte sus conocimientos para tratar los cueros que convierte en piel curtida, luego de muchas lavadas y enjuagues con cal y otros materiales con los que trabaja las distintas variedades de cuero de res, de chiva o de cabrito.

A diferencia de la mayoría de los artesanos de la región, Víctor es muy joven y no le importa si le encargan un cinto, una cartera o una silla de montar; él empeña el mismo entusiasmo y

usa toda su capacidad para hacerlo. Explica que desde que compra alguna piel, aunque no tenga pedidos por entregar, ya está imaginando en qué convertirá aquel material.

Su meta es llegar a elaborar una verdadera cuera tulteca, un objetivo nada sencillo pero plausible para alguien de su decisión y su talento. Para él, Tula es una referencia importante en todo Tamaulipas para la elaboración de este tipo de artesanía.

Lo que anhela Víctor es seguir su aprendizaje, práctica y experimentación con las técnicas más depuradas en el manejo de la piel. Y cierra a modo de broma: “Aquí en Tula, de verdad, hay puras chuchas cuereras”. ■



AUDELIO CARRERA VEGA

SILLAS DE PALMA,
PA' TODA LA VIDA

Audelio Carrera es el único artesano de la región que elabora sillas de la palma chapparra. Para trabajar con este material es necesario hacer una detallada observación de la planta, pues esta se debe recoger cuando la palma apenas es cogollo, antes de que abra y se vuelva planta adulta.

Audelio recuerda con cariño sus primeros pasos en este oficio de trabajar la palma, pues desde su más temprana niñez en el patio familiar observaba a su abuelo y a su padre trenzarla para dar forma a sillas y mecedoras, bancos y otros muebles. Lo primero que recuerda haber

elaborado fue una canasta pequeña que su padre le ordenó.

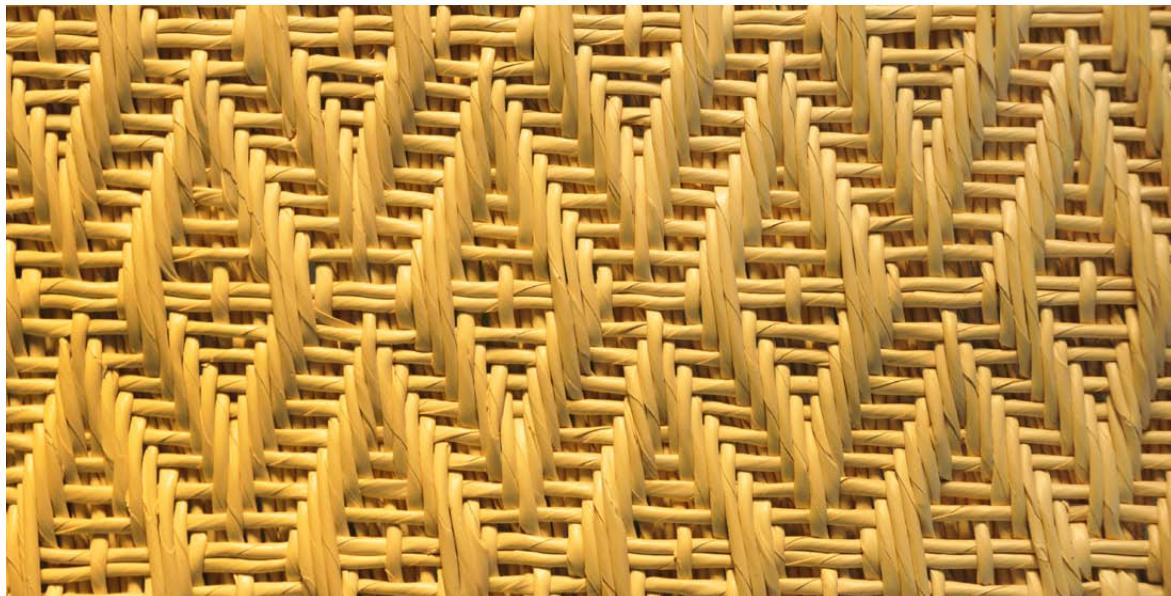
Hoy la faena de Audelio inicia cuando se interna en el monte de los alrededores de Tula; su búsqueda tiene lugar principalmente en las laderas de los cerros y en los costados de caudales naturales. Recorta el cogollo y lo deshoja ahí mismo, separa las hojas más grandes y las ordena en función de su tamaño y su frescura, aunque a veces, asegura el artesano, batalla para hallar cogollos tiernos, y por ello tiene necesidad de trabajar con palmitas jóvenes que acaban de abrir.

Al regresar a su casa pone a secar al sol todo el material recogido en la jornada. Las hojas deben secarse por alrededor de tres días, previamente empapadas en agua para que no se resquebrajen. Luego de todo este proceso se separan en dos partes: de un lado las que más blanquearon, y del otro las que todavía conservan un color verde limón; esto le permite al artesano combinar colores y trazar figuras.

Lo mejor de su trabajo es que le ha permitido sacar adelante a su familia y “todo lo da Dios”, dice, “...nomás hay qué recogerlo”. De hecho, es







poco el material que necesita comprar para realizar su trabajo, dado que él mismo busca y consigue los maderos y palos con los que construye el armazón de las sillas o mecedoras que fabrica. Los clavos son uno de los pocos materiales que la naturaleza no le brinda, y así, con base en los troncos y maderos que encuentra, o que a veces adquiere en las rancherías cercanas, arma la estructura firme donde luego teje el entramado de palma del asiento, el respaldo y, en el caso de las mecedoras, los descansabrazos.

El proceso de tejido lo realiza con mucha habilidad y velocidad. Audelio inicia una silla al amarrar con fuerza los extremos de una larga hoja de palma a la esquina derecha del cuadro de madera, luego jala el material hasta el extremo izquierdo y hace



un nudo de media vuelta, e inmediatamente después alisa las hojas con un pedazo de madera y las retuerce con dos dedos de la mano derecha; así, a la vez que trenza, combina tres capas distintas de palma, una sobre otra, logrando una especie de cordel resistente, dotado asimismo de buena flexibilidad.

En minutos sus manos forman una superficie donde se empieza a mostrar el asiento del futuro mueble, y el tejido ya forma cuadros, rombos y líneas paralelas. En unas pocas horas el artesano produce una silla tejida de palma que aparece lista para el proceso final, el cual consiste en barnizar las partes de madera, para luego ser puesta en el mercado.

Audelio dice que sus mejores clientes son los vecinos de Tula y de las comunidades cercanas, quienes ya conocen este tipo de sillas y saben de su calidad y resistencia, y que a pesar de ser económicas tienen una gran durabilidad. Asimismo, sus compradores saben que cuando una silla se



deteriora, Audelio volverá a dejárselas como nueva por un bajo precio.

Hijo de una tradición antigua y valiosa, Audelio Carrera Vega es el último de su familia que trabaja este oficio, que hora anhela discípulos para ser transmitido. ■

ROBERTO MARTÍNEZ DE LEÓN

MÁSCARAS DE MADERA,
GESTOS INOLVIDABLES

En los llanos antes de subir a la serranía del este de Tamaulipas se encuentra una pequeña comunidad conocida como Colonia Agrícola Las Cruces, del municipio de Tula. Sus calles son amplias y las casitas están separadas por enormes trechos. Rumbo a las lomas se encuentra el hogar de Roberto Martínez de León.

Bajo la sombra de un enorme huizache, el artesano talla con un afilado machete una máscara grande que asemeja el rostro de un anciano o de un demonio, o una mezcla de ambos.

A sus pies se encuentra un montón de virutas y restos de la madera que ha tronchado mientras le daba forma a aquel rostro. Entre sus rodillas sostiene los despojos de un grueso tronco de un árbol conocido en la zona como “juanjilón”, cuya madera es preciada por su suavidad para ser tallada de forma manual, especialmente por don Roberto, quien usa muy pocos instrumentos cortantes para tallar, como un machete pequeño y un punzón en forma de pico ancho con un filo bastante pronunciado.

Las máscaras requieren cerca de un día de trabajo. Antes de empezar la labor de tallado, lo

primero es hacer un viaje de hasta dos días a las partes altas de la serranía cercana, para buscar los árboles ideales y obtener buena madera.

A don Roberto le implica un gran esfuerzo localizar los árboles, cortarlos y transportarlos hasta su domicilio, pero durante un fin de semana puede juntar la madera necesaria para elaborar alrededor de 200 máscaras de danza. Llegar a esta cantidad le lleva unos tres o cuatro meses de trabajo, eso siempre combinado con la labranza de sus tierras y el cuidado de sus animales, lo que también le demanda mucho trabajo, atención y esfuerzo.

Con la seguridad de la práctica constante y el talento, aunado a la experiencia, cuando empieza don Roberto la talla, rebaja con certeros golpes el grosor del tronco, mientras con las rodillas gira la madera. Al principio no se nota ninguna figura, pero al paso de los minutos, rasgos en apariencia de un rostro comienzan a surgir en la madera.

A don Roberto le gusta cantar mientras trabaja. En su espacio se mueve con soltura y concentración. Escoge con facilidad entre sus





herramientas para tallar una parte específica, después con certeros golpes ahueca los ojos, luego marca las aletas de una nariz y se pasa a moldear los labios. Aquel rudo pedazo de tronco que sostenía entre las piernas se ha convertido en un contorno completamente reconocible.

De su pequeño cajón de madera toma una fina lezna de acero con la que perfecciona los detalles: esta vez ha dado forma a unas cejas

pronunciadas, delinea los labios exageradamente gruesos y una barbilla saltada y puntiaguda: una suerte de demonio burlón ha aparecido.

Estas máscaras de don Roberto se utilizan para las danzas religiosas en las fechas importantes en el atrio de la iglesia. Su forma tiene como finalidad causar impresión y miedo entre los espectadores, principalmente entre los niños que asisten a las celebraciones. ■



DON CUCO'S BOOTS

ARTESANÍA
E INDUSTRIA

Don José Refugio González llegó a Tamaulipas a principios de los años 50 acompañado de su esposa Leonarda Leal. Venía a trabajar en las obras de la presa Falcón, pero cuenta su hijo Pedro Sánchez que a don Cuco le gustó tanto el ambiente de la región y la calidez de su gente que decidió quedarse a vivir en Ciudad Mier.

Don Cuco nació en una familia de zapateros en León, Guanajuato, por lo que al establecerse en Tamaulipas inició su propio taller de reparación de calzado en compañía de su esposa y de sus hijos. Para 1962 este negocio estaba ya bien consolidado y había ganado prestigio en la ciudad. La mayoría de sus 14 hijos aprendieron el oficio, y todos estudiaron una carrera.

Poco después de la muerte de don Refugio en 1986, doña Leonarda encabezó el proyecto que se convertiría en lo que hoy es la fábrica de botas Don Cuco's Boots, en la que participan cinco de sus hijos, quienes aportan, además de la destreza aprendida de su padre, su conocimiento adquirido en las aulas universitarias.

Entre las profesiones de los Sánchez encontramos que Alejandro es contador público, Patricio es ingeniero industrial, Benito es ingeniero en

computación, mientras que Pedro y Refugio son ingenieros agrónomos.

Pedro Sánchez, uno de los hijos encargados de la fábrica, comparte que aunque el proceso de las botas que hoy hacen es industrial, el trabajo del artesano es fundamental para el acabado del producto, porque muchos de los pares que se hacen llevan un toque personalizado que el cliente pide: ya sea su nombre, sus iniciales o algún bordado al gusto.

La habilidad de los artesanos de Don Cuco's Boots se identifica también en el cosido de la suela; ellos realizan una técnica especial conocida como "welt", que da mejor vista, mayor resistencia y permite que la bota sea reparable, lo que no es posible en la mayoría de las botas industrializadas.

Los materiales son elementos esenciales en la fabricación de estos productos. Las botas que se hacen en esta fábrica llevan las pieles más selectas que los Sánchez pueden encontrar en el mercado. Las más usuales las consiguen con los mejores curtidores de León, Guadalajara y la ciudad de México, mientras que las pieles exóticas vienen de Sudáfrica –en el caso del avestruz–,

mientras que el lizard viene de Paraguay, el pitón de Indonesia y la anguila de Corea.

Los productos que fabrica la familia Sánchez tienen un toque único que las hace identificables como artesanías tamaulipecas. Según Pedro, las botas que elaboran poseen rasgos típicos mexicanos y de las botas representativas de Texas, lo que se traduce en un estilo propio que cualquier conocedor puede identificar y apreciar.

Haber desarrollado tal estilo llena de orgullo a esta familia experta en calzado vaquero y se suma a otra de las satisfacciones que los Sánchez han logrado a través de su actividad, como lo es el contribuir a la economía local, con productos de gran calidad. ■





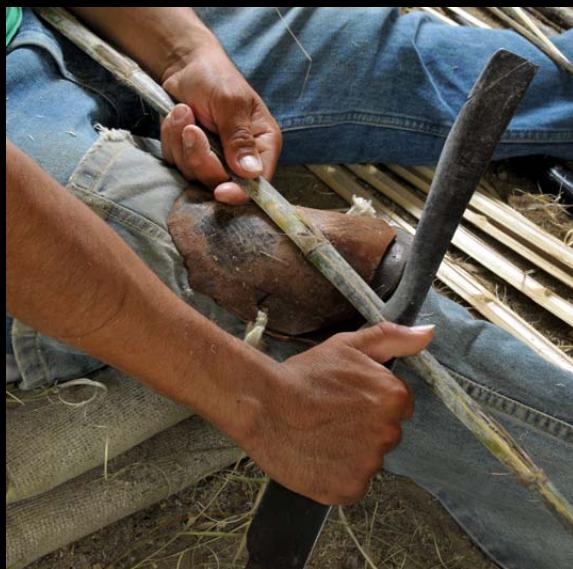


“...bajo una inmensa enramada a la orilla de un sembradío de elote a punto de ser cosechado, don Celestino raja con mucho cuidado cañas de otate de más de tres metros de largo”.

CELESTINO MONTELONGO HERNÁNDEZ

CESTERÍA DE OTATE,
NATURALEZA TRENZADA

Hace más de 55 años que don Celestino Montelongo empezó a realizar cestería fabricada con otate, una especie de caña mucho más suave, flexible y manejable que el carrizo común. Debido a su naturaleza, es un elemento tradicional que se usa en la fabricación de cestos diversos, canastillas, canastas y hasta armarios estilo cofre para guardar ropa, lo cual, según don Celestino, es muy aconsejable, ya que el otate posee características propias que evitan la proliferación de la polilla que daña la ropa.



Sentado en un petate sobre el suelo, bajo una inmensa enramada a la orilla de un sembradío de elote a punto de ser cosechado, don Celestino raja con mucho cuidado cañas de otate de más de tres metros de largo.

Con un pequeño machete separa del cañuto una rebaba filosa que puede hacer mucho daño si se tiene contacto con ella. Al rajar este cortante borde, el material ya está listo para tejerse a mano limpia, sin problema, lo que permite al artesano concentrarse en la funcionalidad de sus piezas.

Rodeado de mucha vegetación, el ejido Gallos Grandes, en el municipio de Tula, donde vive don Celestino, es un paisaje casi selvático rodeado de cerros verdes y de un monte apretado y pródigo. Este entorno genera el abundante crecimiento de la preciada planta llamada otate, sobre todo en la laguna cercana al poblado.

Don Celestino debe caminar varios kilómetros desde su casa para dar con las cañas más útiles para su trabajo. Antes de traerlas hay que limpiarlas y atarlas sobre los lomos de varios burros. Con la carga de tres animales don Celestino pue-



de abastecerse para varios meses. Al llegar hay que separar las varas y despojarlas de la cáscara superior que es inservible, luego hay que entresacar a puro machete largas tiras de otate que don Celestino llama varas, “...es el vareo”, dice. Luego hay que ponerlas a secar para que se endurezcan, pero esto tiene un punto específico, porque si se secan de más ya no se pueden entretejer.

A unos pasos de don Celestino, su hijo recorta varas que pone a la izquierda de su padre, quien con sus diestras manos inicia el proceso de elaboración de un cesto grande para guar-

dar ropa. Primero hace lo que él denomina “el ribete del fondo”. Con ambos pies en huaraches sostiene un haz de varas, mientras con las manos las entrecruza con una habilidad y precisión que hacen parecer sencillo este trabajo.

Luego avanza detalle por detalle, cuidadoso, hasta obtener un depósito para ropa de lo más vistoso y útil. Don Celestino tiene más de medio siglo de experiencia en el trabajo del otate, y su hijo es su aprendiz, por lo que la preservación de esta actividad tan valiosa ya ha encontrado un heredero. ■





A unas decenas de kilómetros de Tula, Tamaulipas, se encuentra la comunidad de Loma del Pozo del Cedral, un paraje montés que consiste en un lomerío que rodea a una laguna donde abunda el tule, una planta semiacuática muy prolífica en este valle tamaulipeco.

El nombre de este municipio, Tula, deriva precisamente del de esta planta que crece más de tres metros de altura; la hoja es la que se desprende o despega del macizo de la planta.

En una de las lomas que se observan desde la laguna vive Amalia Acuña Vázquez, quien desde su temprana infancia, hace ya más de 40 años, elabora objetos artesanales con tule. Lo que crea principalmente son bolsos y petates

muy famosos en la región, en especial en el mercado de Tula. Aunque los objetos que más vende son los petates, Amalia elabora otras decenas de productos.

En su hogar, que es a su vez su taller, tiene en exposición una amplia variedad de bolsas y bolsos de todos tamaños, desde pequeños monederos hasta enormes bolsos decorados con múltiples colores. También cuelgan morrales, juegos de manteles completos y mantelitos individuales, entre otros muchos productos. Son muchas las piezas que ella fabrica, y tantas las posibilidades que el material le brinda.

El proceso de este oficio artesanal es inmemorial, puesto que se han encontrado pruebas arqueológicas en la zona, sobre todo alrededor de la pirámide de las culturas tultecas de hace milenios, que demuestran que el tule era usado desde entonces para elaborar instrumentos de usos variados y diarios.

Todo inicia, comenta Amalia, desde que se tiene que ir a recoger el tule al centro de la laguna, que en sus épocas de máximo llenado puede tener una circunferencia de alrededor de 10 kilómetros y una profundidad de una docena de metros. El tule tiene que ser recogido del centro de la laguna, ya que es donde crecen los tallos





más largos y anchos, lo que permite al artesano trabajar mejor y más rápido, puesto que el tejido del material se facilita mucho.

Recoger el tule es peligroso porque crece en terrenos lodosos de difícil acceso. Se cuentan varias historias de artesanos y personas de la zona que han sido víctimas de las impredecibles condiciones de los espacios donde crece el tule. En ocasiones, dice Amalia, “...el agua es demasiado honda”. Explica que para recoger el material elaboran una especie de balsa a base de tules secos de la orillas de la laguna, y montados en esas precarias lanchas se aventuran a lo hondo para cortar el tule y arrastrarlo hasta la orilla. Los peligros de esta labor han hecho que muchos que antes se dedicaban a este oficio lo hayan abandonado por otro trabajo menos riesgoso.

Ya con el tule cortado, Amalia lo lleva al patio de su casa y lo enjuaga varias veces para dejarlo limpio y sin residuos de lodo. Después lo extiende sobre unas planchas de madera para secarlo al sol. Luego de varios días de secado lo recoge en manojos apretados, lo amarra y resguarda para protegerlo de la lluvia y el polvo.

Con uno de esos manojos de tule Amalia se pone de rodillas en el suelo, y apoyada en un viejo petate empieza a entrecruzar las delgadas hojas de



la planta mientras las va humedeciendo ligeramente con agua. Explica que primero coloca 60 tules abajo, entonces se cruza por encima una tabla de un metro aproximadamente, con la que golpea con fuerza de abajo hacia arriba; después, de par en par, cruza con otras 60 hojas de tule por arriba y realiza lo que Amalia llama “echar la trenza”, que consiste en hilar y entrecruzar las hojas. En uno de los cuatro bordes entrelaza otras hojas de tule que conforman las orillas y cierran - “enganchan”, dice ella- el petate completo. Por último, con una piedra en forma de bola, brillante por años de uso constante, aplana centímetro a centímetro toda la superficie del petate, que después de eso está listo para venderse.

Los años de experiencia de Amalia han logrado que sus productos sean de alta calidad y resulten muy bien valorados por la gente en el mercado de Tula. ■



ELIA BELEM ARTEAGA PÉREZ

ARTESANÍA DE MAR,
ESPUMA Y CARACOLAS

A un lado del bulevar Costero en Tampico-Madero, a unos 10 metros del Golfo de México, en Playa Miramar, se encuentra el puesto de artesanías marinas de Elia Belem Arteaga Pérez, quien vive todo el proceso de creación desde muy temprano, al salir a caminar antes de que amanezca, rumbo a la orilla de la costa, para recoger las caracolas que la pleamar arrojó, hasta cumplir todo su proceso creativo al colocar los últimos detalles a una lámpara hecha de

caracol marino, y la cual ofrece una luz tenue y pintada de rosa por el nácar de la concha.

Elia comparte que ella es la tercera generación de artesanos marinos, pues lo que sabe lo aprendió de sus padres, y aquellos, a su vez, de sus abuelos. Desde niña su vida estuvo rodeada de materiales del mar; recuerda cómo su papá llegaba con costales de material que ella y sus hermanos lavaban y limpiaban de arena. Su memoria visualiza también el proceso de limpieza de las jaidas y los peces, para después disecarlos y pegarlos en planchas de madera para su venta.

Uno de sus recuerdos favoritos es cuando su mamá la ponía a lavar los caracoles que venían todavía con el animal vivo en su interior, y ella los sacaba con un pequeño gancho que tenía una especie de anzuelo en la punta. Luego había que lavar con sal y cloro durante varias horas las conchas que posteriormente debían enjuagar con sumo cuidado para que no se resquebrajaran.

Elia aprendió a hacer de todo desde muy pequeña y la mayoría de los objetos artesanales que tiene en su puesto de ventas son hechos





por ella misma y por su familia, pues ahora sus hijos y su esposo le ayudan.

El estrecho local está ocupado por sirenas de concha, collares, aretes, estrellas de mar y otros animales disecados –en especial peces y jai-bas-. También vende relojes de pared rodeados de caracoles, perlas y corales, así como bolsas de conchas y pedrería marina, alhajeros cubiertos de pequeñísimas caracolas blancas y cangrejos disecados, tazas y vasos de concha marina y una variedad de joyería con perlas y corales.

Mientras recuerda su infancia y la época en que junto a sus hermanos mayores recorría las mismas playas para vender sus artesanías, extiende entre sus dedos un largo cordel de algodón en el que poco a poco engarza unas perlas pequeñas y brillantes, que alterna con caracolas minúsculas de diversos colores, primero unas blancas, después unas amarillas y luego otra vez una nueva serie de perlas.

Al paso de los minutos, Elia expone más recuerdos sobre sus padres –quienes la mandaban a esperar a los pescadores al atardecer, para comprarles las caracolas, los peces y los corales que luego usarían para crear artesanías- mientras termina un collar completo, y es cuando inicia la creación de unos aretes de corales, caracolitas y perlas que harán juego con el collar que acaba de hacer.

“El mar nunca te deja sin comer, a menos que no muevas un dedo. El mar nunca te abandona, te da comida y materiales para ganarte la vida. La vida nunca es fácil para nadie, pero uno debe hacer bien lo poco que uno sepa hacer”, asegura la artesana, convencida de que en su vida aplica lo que dice. Termina los aretes marinos y casi de inmediato ya tiene en las manos una caracola de poco más de 30 centímetros, en la que empieza a perforar un pequeño orificio por donde saldrá el cable de lo que en poco tiempo será una lámpara. Así, sin prisa pero sin pausa, trabaja y arma sus diversas artesanías que los turistas y los locales aprecian y reconocen tanto. ■





JAHEL ADONAY CANTÚ MALTOS

ESCULTURAS QUE NACEN DE LA TIERRA Y EL METAL

En las manos de Jahel, una combinación equilibrada de tradición, innovación, conocimiento científico y sensibilidad se traducen en forma de utensilios y de esculturas.

El taller de Jahel en la cabecera municipal de Río Bravo no es un espacio común de artista

o artesano: es a la vez un laboratorio en el que dentro de sus mismas herramientas de trabajo puede hallarse un microscopio, que utiliza para revisar la calidad del barro que recolecta. Precisamente es el barro el material que puede parecer tan simple, pero que en manos de ella se vuelve algo muy especial.

Su primer encuentro con la escultura lo tuvo a los 13 años, cuando aprendió de su padre a tallar la madera. A partir de ese momento continuó con la búsqueda de formas en el papel maché y en otros materiales, hasta encontrar en el barro y el metal sus preferidos. Detrás de cada pieza que realiza está el respeto a la tradición de la tierra tamaulipeca y de su propia familia, y también una búsqueda incansable de lo inédito, para encontrar nuevas formas que buscan fijarse en el presente y encaminarse hacia el futuro.

Su mismo trabajo en metal parte de la maestría alcanzada al manejar la técnica del barro. Cuando ella buscó experimentar de una manera más profunda con la alfarería, se dio cuenta que las limitaciones que el barro tiene combinaban al mismo tiempo con su necesidad de expresar y





lograr cierto tipo de figuras y estructuras. Jahel aclara que en la técnica que realiza para las esculturas de metal usa un molde de barro como punto de partida, así que no deja la alfarería del todo.

Esta misma necesidad de aprender sobre los materiales la llevó a estudiar ingeniería industrial. Jahel cursó una carrera de más de cuatro años con el fin de tener el conocimiento necesario para descubrir de manera concreta los secretos del metal y poder manejarlo con la misma facilidad que el barro.

El trabajo de Jahel tiene dos facetas; por una parte busca realizar figuras de barro o figuras de papel maché, que son artesanías hechas expresamente para ser utilizadas, mientras que por otro lado busca realizar figuras artísticas en metal cuyo fin, como dice, es el de ser apreciadas

por su belleza. Al trabajar el metal de esta forma, quiere demostrar que se pueden hacer obras bellas con los materiales más difíciles.

Las obras que hace están enfocadas a representar la realidad de la manera más fiel. Para esta joven escultora hacer piezas realistas representa una manera efectiva de comprometerse con la técnica, la sensibilidad y la propia sociedad. Es la vía que ha encontrado para ser responsable y congruente con su tradición y con su capacidad creativa.

Actualmente Jahel transmite su conocimiento a niños sordomudos. Imparte un taller en el que les enseña a trabajar el barro y en el que cada uno de estos pequeños aprende una manera eficiente de comunicarse con el mundo. Ella les enseña a encontrar un camino propio para expresarse a través del material. ■









“... cuando golpea la piedra recuerda aquello que imaginó y trazó en un boceto, para intentar que lo nacido antes en su imaginación llegue a materializarse”.

SILVESTRE INÉS HERNÁNDEZ PÉREZ

TALLAR EN PIEDRA, AL ENCUENTRO
DE FORMAS EN LA ROCA

Silvestre Hernández, artesano y escultor, vive rodeado de enormes bloques de piedra, algunos tallados a medias, otros sin empezar todavía.

El primer trabajo de tallado que hizo fue por necesidad y, a la vez, por ocio. Dice que un árbol viejo terminó por caerse en el patio de su casa y se le ocurrió, por algún impulso, tallar un rostro, una máscara. Los resultados lo sorprendieron, y a partir de ahí inició una carrera artesanal que aún hoy, a más de 15 años de distancia, lo llena de satisfacción.

De la madera pasó a la piedra, y se aficionó más por el material sólido y pesado; a partir de su enfrentamiento con la roca descubrió un oficio que no sabía que llegaría a apasionarle tanto.

Esculpir piedra, asegura este artesano radicado en El Mante, Tamaulipas, es vivir sueños e imaginaciones, puesto que siempre está pensando en formas, modelos, curvas y líneas que luego imprime en la piedra cuando se pone a trabajar con el mazo y el cincel. Cuando no moldea la roca imagina formas, y cuando golpea la piedra recuerda aquello que imaginó y trazó en un boceto, para intentar que lo nacido antes en su imaginación llegue a materializarse.







El patio de su casa, su taller, es parecido a un museo donde aparecen peces de jade, máscaras monumentales de madera que se asoman entre las hojas, ranas, aves de piedra volcánica, escudos, rostros tallados. Rodeado de la naturaleza, al aire libre, Silvestre dice que tallar la piedra es un reto, y que observar un trozo de madera o una roca en bruto le plantea una serie de posibilidades, pues el material puede ser cualquier cosa,

pero cuando se empieza a trabajar en él ya no puede hacer más que dedicarle su atención y su tiempo hasta llegar a un final satisfactorio.

De las manos de Silvestre surgen estelas indígenas, máscaras de todo tipo, fauna diversa – especialmente osos, jaguares, peces y tortugas–, flores, esculturas de bulto, y desde hace poco tiempo esculpe escudos de armas de municipios y, por supuesto, del estado de Tamaulipas.

Mientras sostiene en su mano derecha un mazo de unos dos kilos de peso, en la izquierda mantiene pegado a la piedra un cincel de acero. No medita mucho antes de empezar a golpearlo metódica, sistemáticamente, con fuerza y precisión. El encuentro entre el metal y la roca engendra chispas rojas y lascas de piedra, que saltan por todos lados. A golpes separa una laja pesada de un lado de la roca. En la superficie empiezan a aparecer formas reconocibles de algún rostro, de algún animal, tal vez un guerrero o un jaguar.

Orgulloso de vivir en Tamaulipas y de ser parte de una comunidad para la que nada ha sido fácil, Silvestre Hernández se sabe parte de una tradición artística y artesanal que ha ganado a pulso su lugar en este territorio norteño. Su mayor satisfacción no es económica ni social, sino como él dice, espiritual; piensa que la vida es un reto y que cada pieza que crea le otorga tal satisfacción a él y a los que lo rodean.

Dar forma a un trozo de material que antes no poseía alguna figura detallada, y que además eso provoque en otras personas admiración o gusto, es un regalo inmenso, dice Silvestre, pues cada una de sus piezas, desde un cenicero de piedra pómez, por ejemplo, hasta una estela pléctora de rostros y cuerpos, o una serpiente de





jade que serpea en el viento, gana admiración en quien la observa.

Las piezas que Silvestre produce provienen de una técnica que él ha encontrado en su hacer diario y que ha desarrollado a partir de un aprendizaje que la experimentación le ha brindado.

Debido a su condición de artesano empírico, su aprendizaje no termina, y esto no ha sido un impedimento para que su trabajo ya haya alcanzado una precisión y una finura reconocida por sus muchos clientes. Una nueva tradición, en este caso, ha iniciado con él. ■



FELIPA GAYTÁN | BARRO ROJO, MANOS TERRESTRES

Después de media hora de haber salido de Tula, Tamaulipas, se llega a la comunidad de Santa Ana de Nahola, donde vive la artesana Felipa Gaytán, quien solo con sus manos, sin usar herramienta mecánica alguna, elabora singulares y bellas artesanías.

Sus creaciones, que comprenden jarros, ollas, comales y platos, son trabajos rústicos a los que los pobladores de esta región tamaulipeca llaman “ollas terronas”.



Rodeada por la inmensidad de los montes tamaulipecos, doña Felipa se encuentra parada al lado de su mesa de trabajo, bajo una enramada de mezquites que mece el viento libremente. A su costado derecho mantiene una tina llena de barro amarillo y encima de la mesa una pequeña cazuela de agua con un olote adentro, que usa para mojar paulatinamente la masa de barro colorado que tiene entre sus manos y a la que ocasionalmente agrega unas gotas del líquido.

Empieza por formar una bola de barro; sus manos poco a poco forjan las paredes de lo que será una cazuela grande para cocer arroz. Casi exclusivamente con la fuerza de sus dedos erigie las orillas, y da una profundidad de unos 20 centímetros y una circunferencia de casi 50. Las formas son simples, con bordes bien definidos que doña Felipa alisa con un olote envuelto en una tela de colores. Luego, con una botella, aplana con golpes leves y suaves el fondo de la cazuela, y redefine las paredes con las dos manos, una por dentro y otra por fuera, mientras cuenta, entre sonrisas y bromas, que desde muy niña, aproximadamente a los cinco o seis años, empezó su



aprendizaje al lado de su madre y su abuela, haciendo ollitas, jarros pequeños y comales para las tortillas, todos de barro.

Su padre y sus hermanos eran quienes les acarreaban los costales de barro y el yeso, así como la leña y la guapilla que usaban para el cocido de las vasijas.

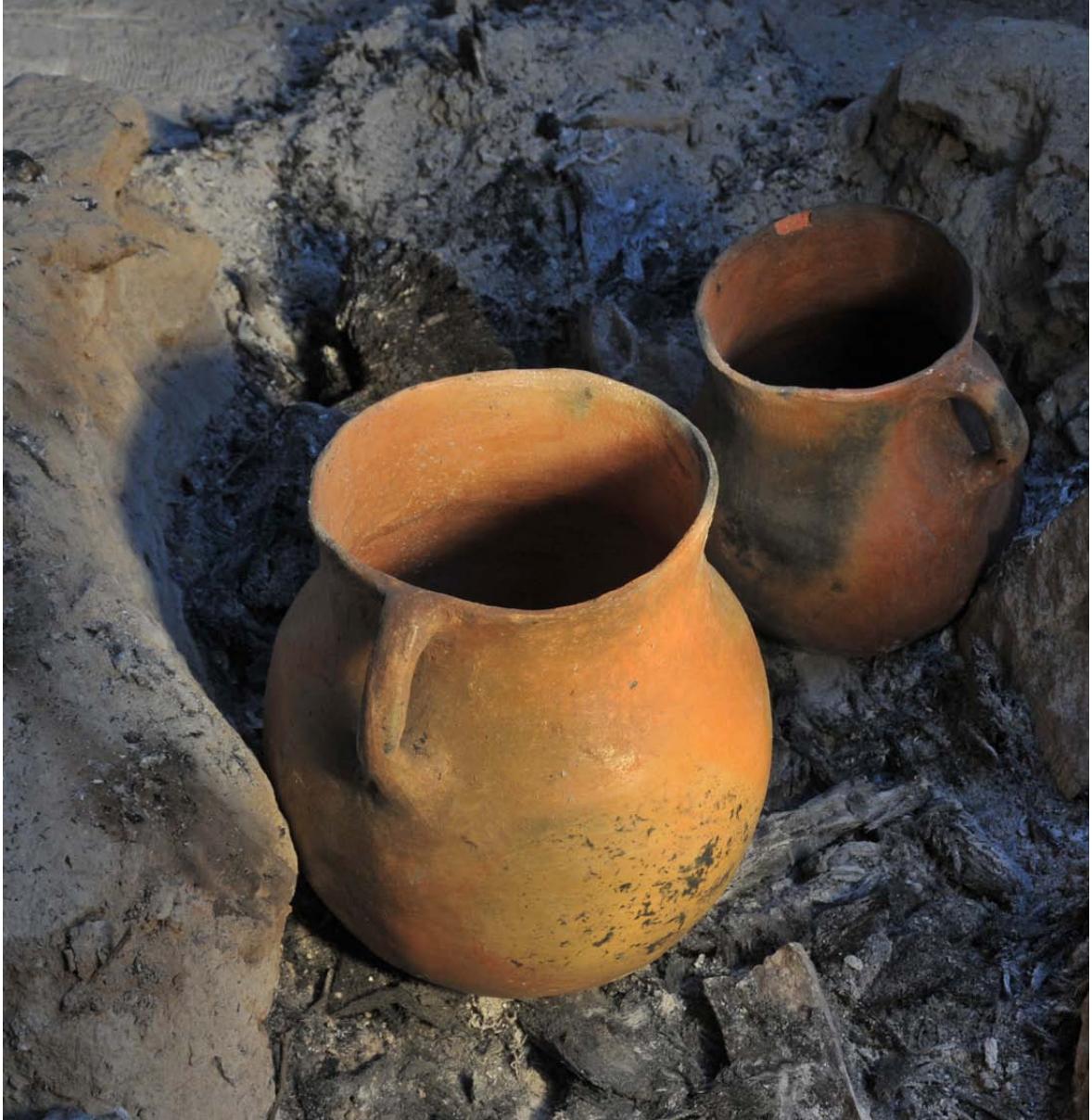
Doña Felipa tiene un cuartito al fondo del patio donde guarda los materiales para la elaboración de las ollas, y al lado un pequeño horno rústico para el cocido de las piezas. Todo está al aire libre, sin chimenea. El horno es una especie de pozo rodeado de ladrillos y una baja pared de barro donde doña Felipa coloca las ollas ya secas y las cubre de leña y guapilla.

El proceso de cocción es constante y lento. No debe haber fuego muy alto porque las piezas podrían dañarse. Es, dice la artesana, el momento más delicado, puesto que luego del fatigoso proceso de amasado y elaboración, un error en la colocación de la leña o la temperatura inadecuada puede hacer fracasar todo el trabajo.

Unas horas después de ser puestas a la lumbre, las piezas están listas y son limpiadas con ceniza, luego se dejan enfriar y al poco tiempo se pueden lavar para entregarse al cliente. A partir de ese momento los trastos ya pueden ser utilizados para cocinar cualquier cosa.

El proceso es arduo y requiere pericia, pero las artesanías de doña Felipa, por singulares y bien hechas, tienen una gran demanda en la región. ■





ANTONIO REYNA HERNÁNDEZ

PIELES DE GRAN TRADICIÓN

Hace ya muchos años, en plena Revolución Mexicana, Rosalío Reyna, un hábil sastre tamaulipeco, se encontró con un pedido extraño. Un rico hacendado, cuyo nombre se ha perdido en el tiempo, le pidió que le decorara la cuera simple, que en aquel entonces solía llevar flecos pero sin ningún adorno.

La solicitud del hacendado fue cumplida por don Rosalío, quien para satisfacerla se inspiró en los adornos de las vestiduras de los charros que por aquel entonces llegaban a Tamaulipas a

rejonear en las haciendas y pueblos. Pero don Rosalío no se quedó en la mera copia de lo que veía en otras vestimentas, sino que inspirado en lo que lo rodeaba, como la vegetación, la fauna y otros aspectos del estado de Tamaulipas, adornó aquella cuera con flores, grecas y demás motivos ahora tradicionales. Así transformó y estableció desde entonces lo que hoy conocemos como el símbolo tamaulipeco por antonomasia, la cuera típica, portada con orgullo norteño.

Una muestra de este orgullo es el famoso general tamaulipeco Alberto Carrera Torres, quien solía llevar puesta una cuera hecha por don Rosalío.

Ese sastre fue el abuelo de don Antonio Reyna Hernández, quien ahora, en la misma Tula, sigue con la creación de las tradicionales cueras que en estos días son apreciadas como un elemento representativo de todo Tamaulipas.

La creatividad de su abuelo pasó a su padre y luego a don Antonio, quien tiene la habilidad para imaginar y diseñar, y junto a doña Irma, su esposa, confecciona cueras que han llevado desde presidentes de la República hasta cantantes







y artistas famosos de la actualidad. Incluso cuenta don Antonio que varios mandatarios de otros países le han pedido cueras especiales donde ha bordado las banderas o los escudos de su patria.

El trabajo que empezó don Rosalío nunca se ha detenido. Comparte su nieto que a pesar de

ponerse más difíciles las cosas en el mundo, la familia no ha dejado de coser cueras, pues seguros de la calidad de su trabajo, sabían que ninguna de las piezas que creaban se quedaría en el taller.

El proceso de realización que don Antonio emprende inicia desde curtir la piel elegida. Participa tanto en el curtido de la gamuza que alguna vez fue de venado, hasta del pialillo para el bordado blanco de la cuera; ambos materiales son los originales con los que se fabricaron las primeras cueras tamaulipecas adornadas.

En estos días en los que por medidas ecológicas la caza del venado ya no es permitida, se fabrica una excelente gamuza de cabra y el pialillo de cabrito. Don Antonio nos recuerda que el tono original de la cuera clásica era el chedrón y el arena, que son las tonalidades naturales de la gamuza. Ahora la cuera tamaulipeca se elabora en los mismos colores; por ejemplo, la cuera color tabaco con el bordado también en tabaco, aunque lo tradicional era armonizar un color en general y el bordado en otro, pero hoy los clientes piden mucho el combinado del mismo color parejo, lo que a don Antonio le parece interesante y que logra agradables resultados.

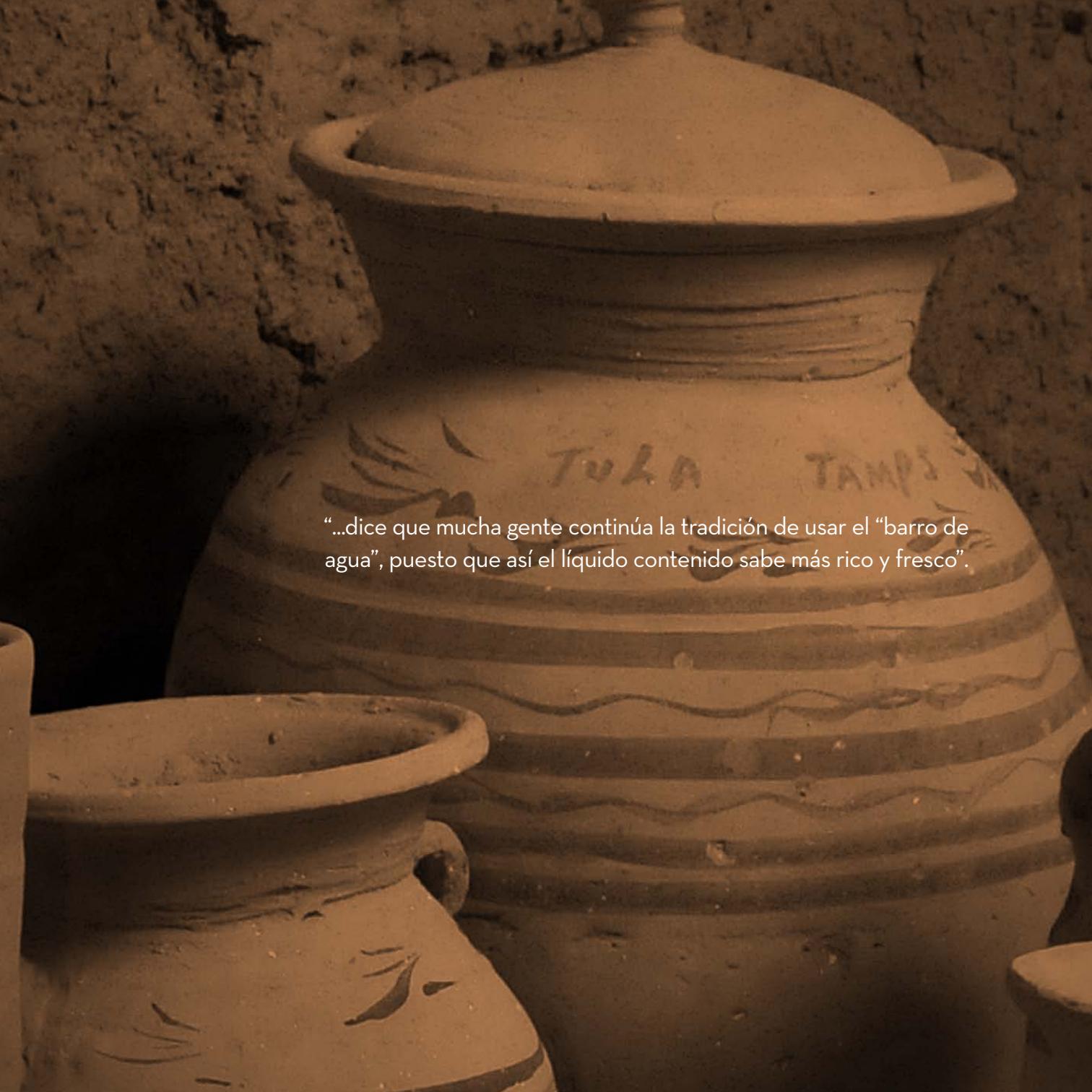
Los motivos básicos de los bordados, sin embargo, se han mantenido a pesar de los años.

Los más comunes suelen ser las grecas y las flores, que están inspiradas en las plantas del campo tamaulipeco, especialmente la rosa de castilla, las hojas de trébol y las hojas del piñón serrano, este último como diseño exclusivo de don Rosalío, asegura don Antonio.

Más allá de la historia y los recuerdos de don Antonio, lo que atestigua esta tradición son piezas que demuestran su técnica con elocuencia. Don Antonio participa de un legado que simboliza al pueblo tamaulipeco y trasciende las fronteras del estado y del país. ■







“...dice que mucha gente continúa la tradición de usar el “barro de agua”, puesto que así el líquido contenido sabe más rico y fresco”.

ROBERTO HERRERA OLVERA

BARRO DE AGUA,
MATERIA SOLAR

Es fácil olvidar lo mucho que cuesta hacer las cosas más simples. Un ejemplo son esos objetos cotidianos que de tan familiares no nos detenemos a pensar en la complejidad que entraña tenerlos entre las manos, como un jarro, una cazuela o un plato. Es hasta que razonamos en ello cuando nos damos cuenta que vienen de alguna parte, que en algún lado un artesano entregó su tiempo, su talento y sus manos para que otro ser humano pudiera usar su creación, darle utilidad y valor.

Por eso es importante conocer a artesanos como Roberto Herrera Olvera, un maestro creador de piezas únicas de barro que en esta región llaman “barro de agua”, puesto que los jarros, vasos, vasijas y demás creaciones únicamente se pueden utilizar para contener agua, no así para cocinar al fuego.

Mientras golpea una inmensa bola de barro oscuro y húmedo de alrededor de cuatro o cinco kilos de peso, Roberto hace una narración de su vida como alfarero. Cuenta sobre su niñez al lado de su padre, también artesano, quien cariñosamente le encargaba algunas labores en el taller familiar, como atizar el fuego, acarrearle agua o elaborar pequeñas figuritas de barro, como burritos, bolitas, pequeñas ollas y jarros, con lo que a manera de juego le empezó a dar el gusto por la creación. Así Roberto comenzó a educar sus manos, sus sentidos y su imaginación, para más adelante suceder a su padre como el maestro artesano de la casa.

Mientras termina de humedecer con sus manos la bola de barro, inicia una serie de golpes fuertes con los puños cerrados a manera de





mazos, y aplana la masa sobre una mesa previamente espolvoreada de tiza natural, con lo cual logra lo que denomina “la torta”, una plasta aplana de barro circular; luego echa un poco más de tiza en el centro y vuelve a envolverla sobre sí misma. Así obtiene una pieza cilíndrica a la que llama “molote”, y este es el principio del jarro que está en vías de lograr.

El molote es colocado en el torno y empieza darle forma con las manos. El proceso es veloz, y en cuestión de cinco minutos en el centro del torno se encuentra la mitad de un jarro de unos 30 centímetros. Roberto despegla la mitad del jarro, la pone en un hueco en la pared donde abunda la luz del sol y explica que hay que dejarla secar mientras hace la mitad de arriba, esa parte que lleva el asa, el pico de vaciado y su tapa. Posteriormente la labor consiste en “pegar” ambas partes con más barro, agua y tiza. Luego debe meter al horno los jarros que hayan sido preparados; las piezas se ponen sobre una cama de cenizas calientes y quedan cubiertas de leña

para que, en alrededor de 10 o 12 horas, los jarros o jarrones estén listos para su venta.

Lleno de recuerdos, anécdotas y una sabiduría nacida de su trabajo, Roberto recuerda cuando llegaba a hacer hasta 15 jarrones diarios, pero aun ahora dice que mucha gente continúa la tradición de usar el “barro de agua”, puesto que así el líquido contenido sabe más rico y fresco, algo que el plástico nunca podrá lograr.

Enamorado de su trabajo, apasionado por la tierra y los procesos artesanales, Roberto hoy reparte su tiempo entre el taller de alfarería, donde crea objetos cada vez más precisos y útiles, y la enseñanza y el entrenamiento de la generación que seguirá sus pasos en este oficio. Desde hace unos meses atrás y por una propuesta del gobierno municipal, Roberto abrió su taller a un grupo de niños y jóvenes interesados en el mundo de la artesanía de barro. Los conocimientos de Roberto han sido aceptados con entusiasmo, por lo que la preservación del oficio y de esta ancestral técnica está garantizada. ■





MARCELO AZUETA DOMÍNGUEZ

ZAPATOS TRADICIONALES, PURO NORTE

En el municipio de Tamaulipas llamado González, lugar cálido y caluroso, vive don Marcelo Azueta Domínguez. Ejerce un oficio de gran importancia para la humanidad, que sin embargo ha perdido practicantes en los últimos tiempos. Marcelo es zapatero tradicional, sus manos dan forma a zapatillas, huaraches, calzado para niños y su especialidad: las botas vaqueras, tan apreciadas no solo en Tamaulipas, sino en todo el norte de México.

Las creaciones de don Marcelo conservan todavía ese aspecto artesanal en el que se nota la atención que pone en cada pieza. Las botas muestran su resistencia, con sus bordes afilados de baqueta gruesa, las costuras bien ceñidas y firmes, emplazadas para durar sin importar el trato que se les dé, asegura don Marcelo.

El bordado, tanto de la superficie de la bota como en su caña completa, es también resultado de la destreza del maestro Azueta, quien aprendió este oficio cuando era un niño de siete u ocho años, desde que su tío, el hermano de su padre y gran maestro zapatero del pueblo, lo

tomó como aprendiz para mantener la tradición familiar de hacer buen calzado.

“Ningún zapato es igual a otro”, afirma cuando decide empezar a hablar, puesto que es muy callado y bastante tímido. “Puede uno hacer un par igualito de botas, con el mismito material y todo, y las botas salen distintas, aunque sean del mismo color”. Lo garantiza mientras extiende un gran pedazo de baqueta gruesa en la mesa de trabajo de su taller, que es también parte de su hogar.

Antes de empezar la elaboración del calzado debe cerciorarse una vez más de la calidad del material. De nuevo pasa las manos sobre la piel. Después de pensar un momento, coloca una serie de patrones sobre el cuero y con un filoso buril empieza a cortar hábilmente los distintos trozos; unos serán las plantillas, otros son para la suela y los bordes, las cañas y el empeine de las botas.

En cuestión de minutos empieza a coser en una tradicional máquina los diversos fragmentos. Para bordar el cuero usa la misma máquina, nada más le cambia la aguja, aunque dice que



también sabe hacerlo a “pura mano”, como antes se acostumbraba.

Lo que más disfruta de su oficio es cuando va por las calles del pueblo y se encuentra a clientes que portan botas que él fabricó.

Por fortuna, cuenta don Marcelo, muchas familias del pueblo y la región todavía mantienen la tradición de mandarse a hacer sus zapatos. Es ahí donde se puede encontrar el valor de esta artesanía, puesto que se elabora a la medida y al gusto del cliente.

Hace algunos años le pedían mucho calzado hecho a base de piel de venado, pero ahora eso desapareció, comenta algo triste, pues a él le agradaba trabajar con ese tipo de cuero.

Hijo directo de una tradición, el maestro zapatero Marcelo Azueta se siente orgulloso de su trabajo y recuerda con cariño el aprendizaje junto a su familia. Estos mismos recuerdos son los que lo llevan a repetir dicha tradición en su mismo hogar, puesto que sus hijos son ahora sus aprendices y quienes se convertirán en herederos de un oficio tan antiguo e importante. ■





EMILIANO REYNA RODRÍGUEZ

FLORES DE SOTOL, LO BELLO DEL MONTE

Hace ya más de 15 años que don Emiliano Reyna Rodríguez, originario del ejido Felipe Ángeles, municipio de Bustamante, empezó a crear las flores de sotol que se han vuelto famosas en parte de Tamaulipas.

El oficio lo aprendió de una persona que ya fallecida, pero que le dejó una buena enseñanza que ahora le da de comer y le permite mantener a su familia.

Las flores de sotol se han vuelto una parte importante de las tradiciones en esta región de México, puesto que tienen una presencia vital en las fiestas patronales y en otras manifestaciones populares típicas.

Se denomina flor de sotol a los objetos creados con las pencas de la planta desértica conocida como sotol salvaje, una especie de maguey que crece de forma natural en las áreas secas del noreste mexicano. Sus hojas modificadas tienen como características una gran dureza y resistencia.

Don Emiliano recuerda que sus inicios como artesano tuvieron que ver primero con la recolección y tallado de otra planta de esta zona,

la lechuguilla, y su fibra, el ixtle. Pero un día se topó con un maestro artesano que se dedicaba a crear las flores de sotol y quien le enseñó las técnicas necesarias para hacer estos adornos.

Don Emiliano madruga cuando va a recoger el sotol en las laderas de los cerros que rodean su pueblo. A veces recorre más de 20 kilómetros para encontrar las mejores plantas. Para la recolección es idóneo escoger un día nublado o húmedo, para que la búsqueda no sea tan dura, pues de otra manera hay que andar trepado en el cerro sin pausa bajo el sol ardiente.

Para trabajar solo necesita un hacha y un mecate para amarrar las plantas y no jalarlas con las manos, pues el sotol tiene púas afiladas que provocan dolorosas heridas si no se tiene cuidado.

Para cuando el sol comienza a ponerse, don Emiliano ya tiene la caja de su camioneta llena de sotoles destinados a convertirse en flores. Cada viaje de recolección le da la carga que le servirá para hacer más de 200 piezas artesanales. La mayoría de las veces no es problema colocar en el mercado sus artesanías, puesto que cuando trabaja ya tiene los encargos hechos y pagados;





incluso la mayoría de las veces ya todas están vendidas para una fiesta patronal, alguna boda o quinceañera.

El artesano trabaja en el patio de su casa. Todas sus herramientas y los materiales necesarios los tiene ubicados bajo la sombra de un enorme árbol en el centro del patio. La silla donde se pone a tejer está ubicada también ahí, estratégicamente. Trabaja rápido, y en un día puede hacer de cien a 150 flores.

Las plantas a usar en cada pieza las escoge por similitud en forma y tamaño, para ir formando los pétalos de lo que será una flor. Con un cuchillo que sostiene entre los dientes corta las espinas y protuberancias, luego las teje una sobre otra de forma que entre sí mismas las hojas se sostienen, mantienen su forma y no necesitan pegamento alguno. Hace flores de seis pétalos, de ocho y hasta de 14, que son las flores más grandes y llegan a medir alrededor de 30 cen-

tímetros de circunferencia; habitualmente sus flores serán montadas como adornos de pared o centros de mesa.

Don Emiliano dice que a veces le piden lámparas o flores listas para colocarse en faroles en los patios, "...sobre todo esas les gustan mucho a los turistas norteamericanos".

Dedicado completamente a la fabricación de la flor de sotol, don Emiliano no está dispuesto a abandonar su trabajo, aunque a veces no haya muchos pedidos y deba salir a vender a las ferias, pero al final de cuentas nunca se le ha quedado ni una flor sin vender. "Siempre salen", afirma con una sonrisa. También vende sus flores a la orilla de la carretera, y no toma mucho tiempo para que en un día normal pueda venderlas todas.

La maestría que don Emiliano ha logrado a través de los años se nota en cada una de sus piezas, por eso sus clientes cada vez son más y también aumenta su amor por lo que hace. ■



Rosario Lugo y su madre, doña Ana María del Carmen Cruz, coordinan el taller de grabado y repujado en piel, aunque doña Ana María le ha ido cediendo las labores a Rosario poco a poco.

Doña Ana María ha realizado diversas actividades artísticas y oficios varios como la costura, el dibujo artístico, el modelado en papel maché o en resina, y ha encontrado la manera de hacer que todo este conocimiento confluya a la hora de trabajar la piel.

En este taller colaboran todos los miembros de su familia, no obstante que los hijos de doña Rosario son profesionistas y tienen sus actividades laborales, pero conocen los secretos de este oficio al que también le dedican tiempo y atención.

Lo que motiva el esmero artesanal de la familia Lugo, como doña Rosario explica, es el amor por el trabajo y por Tamaulipas. Esto se puede notar y confirmar en su casa misma, la cual está construida con adobes fabricados con una técnica de la región, su jardín se halla integrado por las plantas más representativas del estado, y todos los detalles y adornos que imprimen en sus obras tienen inspiración en motivos de la naturaleza de su tierra.

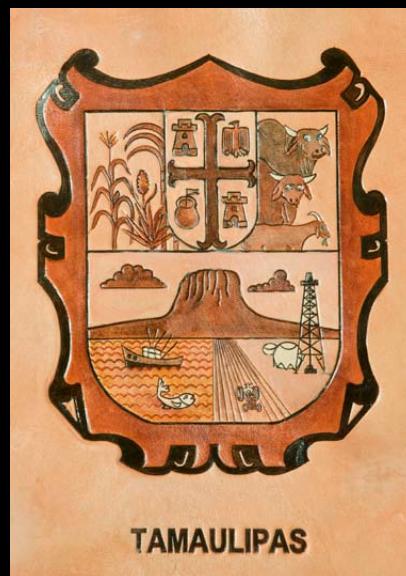




Una de las técnicas que más utilizan para decorar sus artículos es la del pirograbado, que consiste en dibujar sobre la piel con un grabador caliente que quema e imprime de manera controlada, pero también usan el repujado simple sobre la piel de cabra.

El trabajo que se realiza en este taller es una muestra del cuidado, de la precisión y de la finura que se puede alcanzar en la elaboración de detalles. Con sus manos crean carpetas, cuadros, bolsas, morrales, forran cajas y botellas con piel, sobre las que se pueden imprimir





grecas, flores o pequeños paisajes. Estas figuras se develan paulatinamente con la presión de las gurbias y la ayuda de las tintas que tan hábilmente manejan.

En cada pieza se pueden plasmar y encontrar nuevas formas y composiciones de elementos. Doña Ana María dice con orgullo: “Todo lo que nos pidan se puede hacer, todo se puede”. Incluso si jamás han realizado cierto tipo de pieza o cierto grabado, no se niegan y siempre consiguen un buen resultado.

Para la familia Lugo cada pieza implica un gran reto que les ayuda a mejorar, a aprender, a conocer nuevas maneras de trabajar el material y desarrollar sus técnicas y habilidades. Encuentran su oficio profundamente satisfactorio, y afirman que para ellos todo vale la pena, ya que con su labor preservan la memoria familiar y regional, porque como dice doña Rosario, sin este tipo de legado ni el presente ni el futuro tendrían sentido. ■





“... el oficio de bordar es un acto ritual que no está separado de la danza. Ellos bordan concentrados en el momento en que bailarán para la Virgen...”

JUANA RODRÍGUEZ MALDONADO

LA DANZA QUE EMPIEZA EN EL BORDADO

Doña Juana Rodríguez y su hijo Juan López del municipio de Río Bravo son los encargados de un particular oficio artesanal, que es el de bordar trajes de matachines.

Doña Juana no escucha bien, pero sonrío con mucha paz, mientras que don Juan habla pausadamente y explica con gran claridad sus ideas.

Una de sus principales preocupaciones a la hora de elaborar estas complejas y coloridas prendas es la de agradar a la Virgen de Guadalupe, cuya imagen aparece en cada uno de los trajes y a la que dedican sus danzas.

En este oficio participa toda la familia, porque la labor del bordado que realizan está enfocada a la danza ritual, de modo que con sus artesanías no pretenden obtener beneficio económico. Y es que cada traje implica tanto trabajo para ellos, que sería muy caro adquirirlo para alguien que no pertenece a su grupo de danzantes. Por esta razón lo que elaboran es para ellos, para que su grupo vista con prendas elegantes y muy detalladas a la hora de ofrendar la danza a la Virgen.

En el caso de esta familia, claramente el oficio de bordar es un acto ritual que no está separado de la danza. Ellos bordan concentrados en el momento en que bailarían para la Virgen, por lo que desde el primer instante están pensando y dedicados a su función sagrada.

Las figuras del bordado de sus trajes, al igual que la música y los pasos de la danza que ejecutan al vestirlos, están diseñadas colectivamente por todos los integrantes del grupo de matachines, y es ahí, en la casa familiar, donde los coloridos diseños se materializan en las telas.

En la confección y bordado de esta vestimenta se usa popelina para dibujar, luego se recubre con satín y las imágenes se van componiendo con chaquira, lentejuela y canutillo.

Para la familia López Rodríguez ver un trabajo con acabados tan finos les deja una satisfacción espiritual, y eso es lo único que les importa. “En cada presentación de la danza ponemos el corazón entero para compartir todo lo que sentimos al presentar nuestro trabajo para Dios, la Virgen y los santos”, afirma don Juan.



El artesano agrega que a través de su baile y de la elaboración del bordado se les inculcan valores religiosos y morales a los jóvenes. Cuando se dedica una danza les explican a los nuevos danzantes y a los niños por qué se hace y a quién va dedicada, y también se les enseña una actitud de respeto hacia estas actividades.

Don Juan identifica cierta carencia de valores en la comunidad, que tiene que ver con la

pérdida de las prácticas religiosas. Para él, a medida que se ha relajado el respeto a la religión se ha visto una división en la sociedad. Sin embargo, junto con su grupo busca contribuir a la armonía social, y por ello han presentado sus danzas fuera de recintos religiosos, para demostrar que este bello danzado y estos trajes elaborados con toda la atención y el amor pueden ser apreciados por el público en general en cualquier contexto. ■





CARLOS JAVIER CANTÚ CAVAZOS

MADERA Y PACIENCIA QUE HACEN ESCULTURAS

Los primeros encuentros de Carlos Javier Cantú Cavazos con la madera los tuvo cuando era muy joven en su tierra de Río Bravo. Tendría poco menos de 20 años y desde entonces quedó cautivado por ella, aunque en esos años no se dedicó por completo a desarrollar sus esculturas.

Las primeras instrucciones para trabajar la madera las recibió de algunos amigos y conocidos, pero ese conocimiento no le bastó para poder comprender los secretos del caprichoso material. Otro inconveniente para seguir fue que entonces no contaba con la herramienta básica necesaria.

La especialización que este delicado y complejo oficio requiere, Carlos Cantú comenzó a adquirirla con base en la práctica, la investigación y una completa dedicación. Además de requerirse muchas horas de trabajo, las herramientas requeridas le dan una dimensión aún más compleja a su actividad, y debido al alto costo de las gurbias, Carlos ha tardado años en hacerse de la cantidad de equipo necesaria para realizar su labor. El ebanista explica que las mejores gurbias son las europeas, las cuales están hechas de un acero especial y son difíciles de conseguir en México.

Para Carlos Cantú la carpintería y el tallado de madera es un oficio tan complejo que necesitó partir de sus conocimientos de dibujo técnico para comprender un poco mejor las figuras;





luego incursionó en el dibujo artístico, ya que las piezas que se han de tallar son primero un boce-to y luego un dibujo preciso en papel.

La madera de cedro es la que Carlos define como su material preferido, y es en la que halla una veta más noble y estable, además de que resulta más fácil de conseguir. Pero también encuentra en la madera de nogal o de haya características finas y favorables para un buen acabado, aunque estas sean más costosas y difíciles de adquirir.

Para él, las muchas satisfacciones de su oficio comienzan con el propio trabajo. Tallar la madera y develar una figura bella es un placer en sí mismo que disfruta, sin contar la enorme alegría que le transmite saber la aceptación que sus creaciones tienen, y la cual cada vez es mayor.

Para este artesano su trabajo como carpintero y su trabajo como escultor no tienen separación. Cada pieza que vaya a ser utilizada lleva un diseño personal que sus mismos clientes le permiten plasmar. Así, cada una de las puertas que hace Carlos Cantú es al mismo tiempo una escultura tallada con toda la dedicación.

Actualmente don Carlos hace lo posible por enseñar este oficio tan diverso y tan exquisito a las nuevas generaciones. ■





RUBÉN FLORES CANTÚ

LAS MANOS QUE CONVIERTEN
LA MADERA EN MÚSICA

Don Rubén Flores Cantú nació en el seno de una familia de artesanos. Su abuelo fue carpintero y su padre, Rubén Flores Garza, fue laudero, y es de quien aprendió el oficio, al verlo trabajar.

Junto con su hermano pasaba muchas horas en el taller, donde escuchaban la radio que su padre tenía, pues, dice, no había otra cosa que hacer; así con el tiempo, de manera natural, se familiarizó con los materiales y las herramientas.

De joven se dedicó a la música. “Durante los 60 y los 70 se ganaba el dinero más rápido”, comenta con una sonrisa. El grupo en el que tocaba se llamó primero Los Faraones e interpretaban música norteamericana. Con el tiempo cambiaron de nombre y de género, y se llamaron Blanco y Negro. Tocaban en even-

tos sociales interpretando todo tipo de música, danzones, baladas, cumbias, “...es un trabajo que no recomiendo”, agrega con una nueva sonrisa don Rubén.

El oficio de laudero lo retomó a la muerte de su padre, en 1981, cuando se hizo cargo de su taller. La especialidad de don Rubén es la fabricación de bajo sextos, que es lo que más vende, pero manufactura también guitarras, requintos y hasta guitarras eléctricas.

Las maderas con que más trabaja son el cedro rojo y el pinabete, aunque usa también el nogal, maple, ojo de pájaro y palo de rosa. La mayoría de ellas se importan de Estados Unidos o se traen de Paracho, Michoacán.

La fabricación de los instrumentos lleva mucho tiempo, pero don Rubén afirma que en





algunas ocasiones ha fabricado bajo sextos en 20 días. La mayoría de los instrumentos que salen del taller los exporta a los Estados Unidos, donde logra la gran parte de sus ventas.

“Gracias a Dios tengo suficiente trabajo; para cuando estoy terminando de hacer un instrumento, ya tengo otros dos encargados”.

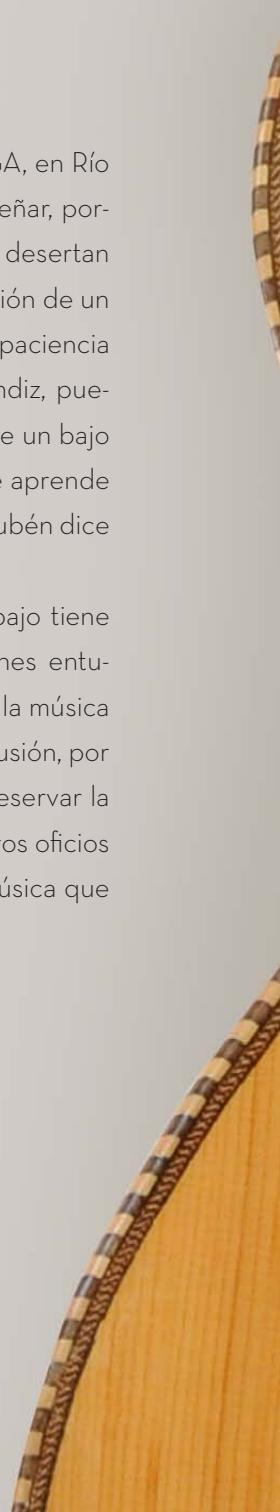
Dedica la mitad de su tiempo de trabajo a reparar instrumentos, el resto a su fabricación. Y las herramientas que más utiliza son cepillo, formón, sierra de banco, sierra cinta y taladro.

Procreó cuatro hijos con su esposa doña Martina Rodríguez: tres mujeres y un hombre. Ninguno siguió su vocación de artesano; no obstante, comenta que uno de sus hijos se inició en el arte laudero, aunque en estos días no lo ejerce.

Actualmente comparte sus conocimientos con un pequeño grupo de jóvenes en un taller

que imparte en el Centro Cultural JAGA, en Río Bravo. Afirma que para él es difícil enseñar, porque los muchachos se desesperan y desertan debido al tiempo que lleva la construcción de un instrumento, para lo cual se requiere paciencia y observación. En el caso de un aprendiz, puede tomar hasta un año la elaboración de un bajo sexto, y es un oficio en el que nunca se aprende la lección definitiva, pues incluso don Rubén dice que él mismo sigue aprendiendo.

Para este artesano su tipo de trabajo tiene buen futuro, ya que hay algunos jóvenes entusiastas por aprenderlo, además de que la música nortea gana día a día cada vez más difusión, por lo que considera que eso ayudará a preservar la tradición de la laudería y de muchos otros oficios y actividades que giran en torno a la música que emana de los bajo sextos. ■





FIDENCIO GUADALUPE HEREDIA TOVAR

ARTESANÍA QUE SURGE
DEL RECICLAJE

En Fidencio Heredia conviven de manera equilibrada la labor como oficinista y el trabajo de artesano del municipio de Río Bravo. Ambas tareas se retroalimentan, puesto que gran parte del papel con el que realiza su fino trabajo es del reciclado que aprovecha de su oficina.

De un material tan simple y que él encuentra como uno de los más nobles para modelar, sus manos pueden fijar con precisión un fino jarrón tan pequeño que puede caber en una mano, o uno tan alto como él.

En su casa ha habilitado un taller para poder entregarse a su creatividad a través del papel y el engrudo. Su esposa y sus hijas contribuyen en este quehacer, que cada vez más se vuelve una actividad familiar ideal para convivir y, a la vez, trabajar colectivamente.

En las figuras que Fidencio Heredia realiza no nada más pueden aparecer los jarrones y las vasijas; es capaz de imitar cualquier forma de la naturaleza o de su vida cotidiana que pueda inspirarle, como son las flores, las plantas, los animales y muchas otras figuras que

por más complejas que parezcan él sabe realizar. Prueba de ello es la serie que actualmente trabaja, y que se basa en esculturas sagradas del antiguo Egipto. Para darle consistencia a este proyecto, investiga arduamente en enciclopedias y libros especializados.

Luego de darle forma a una de sus piezas, el acabado que se logra mediante la pintura o el esmalte determina la apariencia que tendrá finalmente. Una escultura de Fidencio podría parecer hecha de cerámica, de barro, de metal o de cualquier otro material que él puede imitar mediante la destreza que ejerce con la técnica de la pintura.

Las piezas artesanales que don Fidencio Heredia ha creado se han expuesto en distintas ciudades de Texas, al igual que en muchas otras ciudades de México. La más reciente exposición dentro del país fue en Aguascalientes, en las actividades de la Feria de San Marcos, donde sus trabajos tuvieron una gran aceptación y éxito.

El ser artesano le ha dejado no solo un satisfactorio beneficio económico, sino que le ha permitido indagar y conocer más su tradición, al

igual que comprender de manera más profunda su presente y su contexto, a través de la observación que su oficio demanda.

Don Fidencio invita a todas las personas a practicar alguno de los oficios artesanales, por los muchos beneficios que pueden traer a cada

quien. Aclara que la artesanía no es simplemente continuar el pasado, puesto que a través de conocer el material mismo e integrar nuevas técnicas, la artesanía implica una gran parte de originalidad, que es lo que la mantiene viva y le garantiza su persistencia en el tiempo. ■



Diosdado Oyervides Hernández aparece rodeado de cueros, pieles y herramientas propias de la talabartería, enfundado en pantalones de trabajo, una camiseta blanca de algodón y sombrero vaquero. Cumple su oficio de talabartero fino, dice él, como ha hecho desde los últimos 50 años que empezó a dedicarse a trabajar con la piel y el cuero.

Su quehacer le viene de abolengo, pues en su familia la talabartería ha sido siempre motivo de dedicación y orgullo. No recuerda cuándo aprendió a manejar la piel, ni exactamente cuándo comenzó a hacer fundas, cintos, huaraches, fornituras, chaparreras y sillas de montar, pero para él todas esas memorias están mezcladas con su historia personal y su vida familiar.

La especialidad de don Diosdado son las sillas de montar, y sus clientes vienen a buscarlo de todas partes para que les arme las sillas a sus gustos, necesidades y hasta caprichos muy personales. Cuenta el maestro artesano que a veces es complicado complacer a sus clientes, pero precisa orgulloso que nunca uno de ellos se ha ido insatisfecho o a disgusto.

Grabar los cueros es lo más difícil, asegura don Diosdado, pero también es lo más bonito y divertido de su oficio. Narra que al tomar un cuero completo lo que se hace es imaginar, soñar despierto, diseñar dentro de su mente en qué se va a transformar aquella pieza, y luego viene el trabajo de verter todo eso en la piel. Se trata de dibujar a golpecitos, dice, un cachito aquí, otro allá, y entonces comienza a emerger una flor, una letra o un gallo de pelea que cuenta parte de la historia de esa pieza y también de la persona que pidió aquel grabado. Las sillas de montar, los cintos y las fundas, apunta el artesano, son muy personales, muy íntimas, nadie más puede usarlas, "...así que mi trabajo es muy especial, está dedicado y es para siempre, puesto que es para llamar la atención, para que se vea", afirma sin soltar la herramienta con la que sigue trabajando.

La manera que don Diosdado tiene de demostrar el gusto por su vocación es agradecer la tarea que Dios le encomendó en esta vida. Su pequeño taller, ubicado en la población de González, Tamaulipas, es conocido por todos en el pueblo, y si alguien necesita algún trabajo

de talabartería, don Diosadado es el hombre a quien debe buscar.

Su oficio, más allá de la utilidad y la necesidad que cubre con respecto al trabajo en el campo y en los ranchos de la zona, es una forma de expresarse y de encontrar satisfacción. No ve en su trabajo un deber pesado, sino una forma

de estar contento, pues también le representa un vínculo con su apellido y sus antepasados.

Toda una vida dedicada a este humilde trabajo le ha enseñado que lo más importante es la entrega y, como dice, “...si de pasada uno se divierte y gana unas moneditas, todo está que ni mandado hacer”. ■





Arte Popular Tamaulipeco. Rostros y Colores
se terminó de imprimir en abril de 2013,
con un tiraje de 2,000 ejemplares.
La impresión estuvo a cargo de
Coordinación Editorial Dolores Quintanilla.
La tipografía utilizada en la composición
de este libro es Neutra Text.



